9996

Pedro Muñoz Seca

EL SECRETO DE LUCRECIA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro FONTALBA de Madrid
el día 22 de Mayo de 1925

COMPAÑÍA DE COMEDIAS
1 JUL. 1925
MUÑOZ MONTERDE

Copyright, by P. Muñoz Seca, 1925

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1925

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/elsecretodelucre00muno

EL SECRETO DE LUCRECIA

EL SECRETO DE LUCRECIA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Pedro Muñoz Seca

Estrenada en el Teatro FONTALBA de Madrid
el día 22 de Mayo de 1925

MADRID
Imprenta VELASCO, Trafalgar 5
1925

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hòlande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Lucrecia	*María Gámez.*
Adela	*Emilia Colombo.*
Fermina	*Pilar Perez.*
Rufina	*Blanca Giménez.*
Verónica	*Conchita Castañeda.*
Teodora	*Eugénia Illescas.*
Mariquita	*Amparo Quilis.*
Federico	*Emilio Valenti.*
Ventura	*Luis Peña.*
Olimpio / Damián	*Alberto Romea.*
El Padre Manrique	*Evaristo Vedía.*
Benedicto	*Ceferino Barrajón.*
Patricio	*Alfredo Alaiz.*
Asís	*Antonio Pino.*
Tirabeque	*Nicolás Rodríguez.*
Mellaíto	*J. Díaz Caneja.*
Ambrosio	*Manuel Aliacar.*
Urbano	*Manuel Pacheco.*

672071

COMPAÑÍA DE COMEDIAS
MUÑOZ MONTERREY

ACTO PRIMERO

Un salón en casa de los Condes de Corezana.—Puertas en el foro y en ambos laterales.—Es de día.—En Madrid: en primavera.—Epoca actual.

Al levantarse el telón AMBROSIO y URBANO, criados de la casa bajo la dirección de Benedicto, mezcla de administrador y mayordomo, están acabando de colocar en un extremo de la escena, un viejo arcón. Ambrosio y Urbano son jóvenes. Benedicto ha cumplido ya los cincuenta años y tiene una cicatriz en la mejilla derecha.

BENE. Un poco más hacia allá.

URBA. Levanta, tú.

AMBRO. Vamos... (*Colocan el mueble más cerca de la pared.*)

BENE. Así... Basta.

AMBRO. Este arcón lo tenía el difunto General en su despacho ¿no?

BENE. Sí: en su despacho; junto a la ventana.

AMBRO. Debe ser muy bueno. Hay que ver qué

columnitas y qué figuritas tan bien talladas.

BENE. Sí.

AMBRO. ¿Qué significarán estas figuras, don Benedicto?

BENE. ¡Qué sé yo! Para estas cosas de arte soy un ceporro. Este de la barba tiene que ser un rey.

URBA. (*Un poco abrutadamente.*) ¿Por qué?

BENE. Hombre porque tiene manto y corona y hay aquí un grupo que parece que le está criticando.

AMBRO. ¿Y esta señora desnuda, don Benedicto?

BENE. Esa debe ser una diosa.

URBA. (*Como antes.*) ¿Por qué?

BENE. Porque antiguamente, cuando imperaba la mitología, los únicos que andaban desnudos por las calles eran los dioses, porque a ver qué autoridad iba a atreverse a decirles nada.

AMBRO. Claro.

URBA. Hombre, pues la Cibeles bien que se tapa las carnes, don Benedicto.

BENE. Pero no por las personas, sino por los leones que son carnívoros.

AMBRO. ¿Y va a quedar aquí el arcón?

BENE. Provisionalmente. A mí me dijo el señor Conde que hasta nueva orden dejáramos en el hall todos los muebles que se trajeran de casa del General que esté en gloria, pero como en el hall ya

no caben, los estoy esparciendo por los salones hasta que él disponga.

AMBRO. Quien lo va a disponer es un extranjero a quien yo he avisado esta mañana: un señor Gilíperez, que es un decorador y restaurador muy nombrado.

BENE. ¿Gilíperez?

AMBRO. Sí, señor: un tío rarísimo, rubio tirando a colorao y que cuando habla grita como si estuviera entre sordos.

BENE. ¿Pero habla el castellano?

AMBRO. Como usted y como yo. Se conoce que lleva muchos años en España.

BENE. Pues ya veremos. *(Consultando su reloj.)* Bueno, Ambrosio, que se nos va el tiempo: a ver dónde colocamos esas porcelanas.

AMBRO. Sí, señor.

BENE. *(A Urbano, dándole un manojo de llaves.)* Tú, entretanto, busca en este manojo de llaves la del arcón y cuando la encuentres la desglosas y la colocas en la cerradura.

URBA. ¿Con qué la desgloso, con agua y arena?

BENE. ¿Pero tú qué entiendes por desglosar?

URBA. Quitarle la mugre.

BENE. No, hombre: eso es desmugrar. Desglosar es extraerla del llavero.

URBA. ¡Ah!

BENE. Luego te vas al hall y haces lo mismo con las llaves de los demás muebles.

URBA. Sí, señor.

BENE. (*A Ambrosio.*) Vamos.

AMBRO. Andando. (*Se van los dos por la primera puerta de la derecha.*)

URBA. (*Se arrodilla y comienza a probar llaves diciendo.*) Hacer esta faenita con el dolor de muelas que tengo... Lo que toca este colmillo, me lo voy a tener que desglosar.

VER. (*Doncella de la casa, entra en escena por la puerta del foro seguida de Olimpio Gilíperez. Verónica es tan recortadita como pizpireta. Lleva un traje bastante ceñido. Gilíperez, como lo describió Ambrosio, es un señor cuadrado, con pelambrera rizada y rojiza y bigote y luchana rojizos tambien. Habla y acciona siempre como en país conquistado.*) Pase por aquí.

OLIMP. ¿Y dices, pequeñaja, que el señor Conde no está?

VER. Vuelvo a suplicarle que no me llame pequeñaja.

OLIMP. Tú contéstame y no seas estúpida.

VER. Ni sé tampoco por qué me tutea el señor.

OLIMP. ¿No puedo ser tu padre? ¿Puedes tú asegurar que no sea yo tu padre?

VER. ¡¡Caballero!!

OLIMP. Vamos, no seas quisquillosa y res-

póndeme. ¿El señor Conde no está?

VER. Ni el señor Conde ni la señora Condesa. El señor Conde, según tengo entendido, ha ido al Banco y la señora Condesa está en la casa mortuoria, vamos, en la casa de su difunto padre el señor General Larralde, que falleció hace unos días...

OLIMP. ¿Y con quién podría yo hablar entonces?...

VER. Con el señor mayordomo del señor. (*A Urbano, que ha encontrado ya la llave del arcón.*) Urbano...

URBA. ¿Qué quiere usted, Verónica?

OLIMP. ¡Caramba! Verónica...

VER. (*Muy tiesa.*) Ese es mi nombre.

OLIMP. Por muchos años.

VER. Gracias.

OLIMP. No hay por qué darlas.

VER. (*A Urbano.*) Haga el favor de decir a don Benedicto que está aquí el señor...

OLIMP. Olimpio...

VER. (*Imitándole.*) ¡Caramba! Olimpio...

OLIMP. (*Muy tieso.*) Ese es mi nombre.

VER. Por muchos años.

OLIMP. Gracias.

VER. No hay por qué darlas. (*A Urbano.*) Dígale que está aquí don Olimpio.

OLIMP. Anúncieme por mi apellido: dígale que está aquí el señor Gilíperez.

URBA. ¡Ah! El decorador...

OLIMP. El mismo para ordenarle.

URBA. Justamente hace un rato le hablaron de usted al señor Sacristán.

OLIMP. ¡Cómo! ¡Pero este don Benedicto, es Sacristán?

URBA. Sí, señor.

OLIMP. ¿Uno que tiene una cicatriz en forma de siete, aquí, en la mejilla derecha y que le llaman Benedicto siete?

URBA. Sí, señor.

OLIMP. ¡Qué feliz casualidad!... Corra usted, hombre: dígale que está aquí su amigo Gilíperez que desea darle un abrazo.

URBA. Sí, señor. (*Se va por la derecha.*)

OLIMP. ¡Caramba con Benedicto!... (*Al notar que Verónica permanece allí muy quieta, muy tiesa y sin mirarle siquiera.*) Por mí no te detengas, pequeñaja, puedes continuar lo que estabas haciendo...

VER. No señor.

OLIMP. O es que no quieres dejarme sólo.

VER. ¡Pchs!...

OLIMP. ¿Temes que me lleve algo?

VER. No señor.

OLIMP. Entonces...

VER. ¡Pchs!...

OLIMP. ¡Caramba con Verónica!... Es decir, Verónica no, porque tú bien mirado eres media Verónica nada más. Ahora que media Verónica ceñidita: de las de ovación. (*Le da un azotazo.*)

VER. ¡¡Caballero!!

OLIMP. *(Por el pecho.)* Más vale que te limpiaras esta manchita... *(Verónica baja la cabeza para ver la mancha y Olimpio le da un papirotazo en la nariz.)*

VER. ¡¡Señor mío!!...

BENE. *(En la puerta de la derecha.)* ¿Quién?.. ¡¡Olimpio!!...

OLIMP. ¡Benedicto!... ¡Ven acá, hombre!... *(Se abrazan.)*

BENE. ¡Pero criatura!... Me dicen que está aquí el señor Gilíperez...

OLIMP. Claro: Gilíperez: yo.

BENE. ¿Eh?

OLIMP. Gilíperez, Gil y Pérez, solo que apocopando y acentuando es Gilíperez, aquí y en el Potosí.

BENE. Tú siempre tan extraordinario. *(A Verónica.)* Cuando venga el señor Conde, dígale que está aquí el señor..., bueno, el señor decorador.

VER. Está muy bien. *(Se dispone a marcharse por el foro.)*

OLIMP. Adiós, pequeñaja. *(Verónica le hace una mueca despectiva.)* Mujer, dí adiós siquiera.

VER. *(Desde la puerta del foro.)* Adiós Pérez. *(Váse).*

OLIMP. Me ha matao esta Verónica.

BENE. Siéntate hombre. *(Se sientan.)* ¿De manera que tú eres ese restaurador y decorador tan famoso?

OLIMP. El mismo.

BENE. ¿Pero no te dedicabas antes a la fabricación de antigüedades?

OLIMP. Sí; pero he tenido que dejarlo porque eso está completamente perdido. ¿Tú crees que es difícil leer el *A B C* en bicicleta por la Puerta del Sol, pues más difícil es encajarle a un inglés una antigüedad «ful». ¡Están más avisaos!... Y cuidado que yo, como fabricante soy un hacha de dos filos. A mí me das un armario de pino acabadito de hacer y lo pinto, le doy una pátina de mi invención hecha con aceite, tela de araña, polvo de carretera, ceniza, mugre de intelectual y tomate crudo; le pego cuatro tiros con mostacilla y tres perdigones del uno para simular el apolillamiento y tres trayectos de carcoma, te lo enseño y si no me dices que es del siglo catorce, me dejo extirpar la nuez. (*Ríe Benedicto.*) No tienes idea de los camelos que yo he dado en este mundo. Pero, lo que pasa chico; se corrió la voz, me hicieron el vacío, y cansado de no ver una moneda ni como numismático, dejé el negocio, me apocopé los apellidos, me dí aguarrás en el pelo para enrojecérmelo un poco y me dediqué a restaurador, retocador y decorador. Para eso de decorar soy un tío de

gusto: combino los colores como nadie y como además tengo mucha cultura y mucha idea, pues soy el amo. Mira, me das una habitación, dos tapices y media docena de muebles y te los coloco de una forma que parecen otros los muebles y los tapices y la habitación. Ingenio: hay que vivir, Benedicto.

BENE. Pues aquí vas a tener trabajo largo porque ha muerto hace unos días el General Larralde, el padre de la señora Condesa, que tenía muchos muebles antiguos y muchos objetos de arte, y como todo va a venir aquí...

OLIMP. Esta es una gente muy rica ¿no?

BENE. Archimillonarios.

OLIMP. ¿Y el Conde entiende de antigüedades?

BENE. Yo creo que no.

OLIMP. Pues es mi hombre.

BENE. ¿Eh?

OLIMP. No te escames: no lo digo porque piense engañarle. Basta que estés tú por medio... Pero es que yo le tengo pánico a los que saben de estas cosas. Porque, aquí, para los dos, yo, claro está, sé algo; pero, vamos, sé poco: ¿tú comprendes? Y a lo mejor me tiro cada plancha... Porque yo, callarme no me callo. A mí me dicen, esto qué es y yo digo, esto es tal cosa. Lo primero que se me ocurre: y cuando no se me ocu-

rre nada, largo un camelo. Antes los hacía y ahora los digo. (*Ríe Benedicto*). El asunto es no callar, porque en este oficio te callas y te pierdes.

BENE. Pues para que me contestes una furciada no te pregunto lo que significan las figuras de este arcón, que me tienen intrigadísimo.

OLIMP. (*Acercándose al mueble*). ¿Estas?... Estas no sabe lo que significan ni el que las talló. Por causa de un arconcito me tiré una plancha el otro día en casa de unos parientes de estos condes de acá, en casa de los Iñiguez...

BENE. Son parientes, pero cuídate de no nombrarlos aquí.

OLIMP. ¿Por qué?

BENE. Porque sería nombrar la soga en casa del ahorcado. Los de Iñiguez sostenían un pleito con el general disputándole el Condado de Garmendía, que él usaba, de modo que excuso decirte...

OLIMP. Al cabo de la calle. Celebro que me hayas advertido...

(*Rumor de voces dentro*).

BENE. Ahí está ya el señor Conde.

OLIMP. Preséntame como Gilíperez ¿eh?

BENE. Descuida, hombre.

FEDE. (*Por el foro. Viste de luto. Tiene cincuenta años y es un gran señor*). Hola...

BENE. Para servir al señor Conde.

FEDE. ¿No ha vuelto la señora Condesa?

BENE. No, señor Conde. (*Por Olimpio*). Este señor, señor Conde, es el señor Gilíperez, el decorador y restaurador.

OLIMP. Para servir al señor Conde.

FEDE. Mucho gusto.

OLIMP. El gusto y la satisfacción son míos. ¿Está bien el señor Conde?

FEDE. Bien ¿y usted?

OLIMP. Bien, muchas gracias.

FEDE. Me figuro que ya le habrá dicho Benedicto...

OLIMP. No, nada: Benedicto no me ha dicho nada.

BENE. Acaba de llegar y...

FEDE. Pues deseo, en primer término, que recoja usted de la otra casa, de casa de mi difunto suegro... ya sabe...

OLIMP. Sí señor.

FEDE. Dos bargueños que hay bastante deteriorados y me los restaure cuidadosamente, sin que se note, por supuesto...

OLIMP. Pierda cuidado el señor Conde: sé mi oficio.

FEDE. Después quiero que entre mi despacho y los salones, distribuya convenientemente los muebles y las porcelanas que han traído...

OLIMP. Lo haré procurando interpretar los gustos del señor Conde.

FEDE. Bien. Puede usted comenzar sus trabajos cuando guste.

OLIMP. En el acto, señor Conde.

FEDE. Vea también si entre lo que han traido hay algo que necesite ser restaurado.

OLIMP. Perfectamente. Si no me manda nada más el señor Conde...

FEDE. Nada más.

OLIMP. *(Disponiéndose a marchar).* Pues con el permiso del señor Conde..

FEDE. ¡Ah!... *(Se detiene Olimpio y Benedicto).* Deseo que este arcón que estaba en el despacho del General, figure en el mío.

OLIMP. Descuide el señor Conde. Ahora mismo haré que lo lleven.

FEDE. Me gusta muchísimo ese mueble.

OLIMP. ¡Oh! Al señor Conde le gusta lo verdaderamente bueno.

FEDE. Es bueno ¿eh?

OLIMP. Magnífico.

FEDE. El General lo tenía en mucha estima.

OLIMP. Es una verdadera joya de nuestro Renacimiento.

FEDE. Creo que estas columnitas... ¿eh?

OLIMP. Sí señor: son del más puro estilo.

FEDE. ¿Qué estilo?

OLIMP. Protodórico. Son columnitas protodóricas. Vea el señor Conde que tienen en los capiteles unas volutas tal y como las describe Vitrubio. *(Benedicto no sabe a donde mirar).*

FEDE. ¿Qué representa esta figura desnuda?

OLIMP. Esa es Volupia, la diosa de la volup-

tuosidad y este rey es Tétrico cuarto, de la dinastía de los Tetrodentes: vea el señor Conde que no tiene nada más que cuatro dedos.

FEDE. Sí, este otro se le ha roto... Es caoba ¿no?

OLIMP. No señor, no es caoba, es falso acajú. De esta madera se hacían todos los muebles premosaíticos o anteriores a Moisés. Creo que las tablas famosas...

FEDE. Está bien.

OLIMP. Si el señor Conde no me manda ninguna otra cosa...

FEDE. No; nada. Muchas gracias.

OLIMP. Para servir al señor Conde. (*Váse olímpicamente por el foro, diciéndole a Benedicto que hace mutis con él*). ¿Estás viendo? Soy el Club Alpino al rayar el día. (*Mutis*).

FEDE. (*Hace sonar un timbre. A Ambrosio que se presenta por la derecha*). Avíseme cuando vuelva la señora Condesa.

AMBRO. La señora Condesa acaba de llegar.

FEDE. Dígale entonces que estoy aquí.

AMBRO. (*Mirando hacia la derecha y anunciando respetuosamente*). La señora Condesa. (*Se inclina y hace mutis por la derecha*).

LUC. (*Muy enlutada*). Hola...

FEDE. Hemos vuelto casi al mismo tiempo.

LUC. Sí... (*Se deja caer en una silla, procurando en vano disimular su abatimiento*).

FEDE. ¿Qué tienes, Lucrecia?

LUC. Nada.

FEDE. Mira: te voy a prohibir que vuelvas a casa de tu padre. Cada nueva visita te causa un nuevo disgusto.

LUC. ¡Me da tanta pena ver dehacerse la casa donde nací!

FEDE. Y es muy natural tu pena, pero no hay que entregarse a ella de ese modo. Puedes enfermar...

LUC. No temas, resiste una más de lo que una misma cree.

FEDE. Conviene sin embargo no abusar y no ponernos a prueba. Bueno es rendir tributo a los muertos, pero no a costa de los vivos. Si tú enfermaras, la verdadera víctima sería yo, puesto que tu vida es necesaria a la mía.

LUC. No me digas eso. Bien sabes que por ahorrarte un pesar, daría cuanto tengo. Eres el mejor de los maridos.

FEDE. Tú si que has sabido darme una ventura que nunca te pagaré.

LUC. No sabes lo que me agrada oírtelo decir en estos momentos para mí tan tristes... Me parece que es lo único que consuela este dolor mío que...

FEDE. Que debes moderar, Lucrecia. Desde luego que perder a un padre es una de las mayores desgracias de la vida, pero todos hemos perdido al nuestro, sin

estar a punto de enloquecer como tú. Por el contrario, debes agradecer a Dios el haberte conservado al tuyo tantos años.

LUC. Acaso tengas razón... Discúlpame. Es que estoy tan nerviosa...

FEDE. ¡Mujer!... ¿Qué haría yo para tranquilizarte?...

LUC. Seguir diciéndome lo que me decías. Cuando te oigo decir que eres feliz a mi lado, me siento como redimida, como aliviada.

FEDE. Pues ten la seguridad de que habrá pocos hombres que puedan afirmar como yo, después de tantos años de matrimonio, que no han debido a su mujer un solo disgusto... porque del único disgusto que me has dado no puedo acusarte.

LUC. ¿Cuál ha sido?

FEDE. Mujer, el de verte siempre triste, por no haber realizado el mayor deseo de tu vida: tener un hijo.

LUC. Cuando Dios no ha querido concederme ese bien, será porque no lo merezco.

FEDE. Tú lo mereces todo. Ea y se acabó. Queda prohibido hablar de cosas desagradables. Es preciso, a toda costa, restablecer la normalidad de esos nervios alborotados... En terminándose la

testamentaría de tu padre, nos vamos a viajar. Cuestión de un par de semanas.

LUC. ¿Nada más?

FEDE. Hoy nos hemos reunido ya los albaceas, y todo está en un orden admirable... Por cierto, que al leer el testamento, nos ha llamado la atención una nota en la que manda que se te entregue una carta dirigida a tí que se hallará entre sus papeles...

LUC. (*Sobresaltada.*) ¿Habla en el testamento de esa carta?

FEDE. En vano la hemos buscado por todas partes. ¿Tú no presumes dónde podríamos encontrarla?

LUC. Está ya en mi poder.

FEDE. ¿Eh?

LUC. El mismo día en que murió mi pobre padre, buscando unas llaves en el cajón de su mesa la encontré... y como era para mí...

FEDE. ¿Algo sobre el pleito con los Iñíguez?

LUC. (*Indecisa.*) Sí...

FEDE. Era su gran preocupación.

LUC. Y es natural que lo fuera. Al fin y al cabo le disputaban el título que usó siempre su padre, el que llevó el mismo toda la vida.

FEDE. ¿Y tú, desearás, por supuesto, seguir el litigio?

LUC. ¡Qué sé yo! Por mi gusto tal vez desistiera. Yo no quiero tener ya otro nombre que el que tú me has dado. Claro que no seguir oponiéndome a los deseos de mi prima me parecería faltar a lo que debo a la memoria de mi padre, pero, por otra parte, tanto Teodora como su hija se han portado conmigo tan noblemente en esta ocasión, olvidándose de la discordia y viniendo a verme y hasta invitándome a pasar con ellas unos días en el campo, que, no sé, no sé...

FEDE. Una cosa es la amistad y otra defender un derecho. Pero, en fin, en esto como en todo, se hará lo que tú quieras y nada más. (*Olimpio habla dentro muy reciamente como es en el costumbre.*)

LUC. ¿Quién da esas voces?

FEDE. Es ese artista a quien he hecho venir para que restaure los bargueños y te ayude a distribuir convenientemente los muebles que se han traído de la otra casa. Si vieras qué tipo tan notable...

LUC. ¿Sabrá pegar esas figurillas de marfil que se han roto, y arreglarme los abanicos?...

FEDE. Seguramente. ¿Quieres que llame?

LUC. Sí: toca dos.

FEDE. (*Haciendo sonar un timbre.*) A ver si te

arregla también las piezas que se rompieron del ajedrez de concha...

VER. (*Por la puerta del foro.*) ¿Señora?...

LUC. Oiga usted, Verónica, haga el favor de buscar en mi gabinete esa caja de madera donde guardo las cosillas que se van rompiendo.

VER. ¿Dónde puso la señora Condesa los dos abanicos?

LUC. Justamente.

VER. Ya sé; sí, señora. (*Se dispone a hacer mutis.*)

FEDE. Y diga a Benedicto que deseo hacer una pregunta al señor Gilíperez.

VER. Está muy bien. (*Mutis por la derecha.*)

FEDE. Quiero que pongan este arcón en mi despacho, junto a la chimenea. ¿Qué te parece?

LUC. Sí; estará muy bien.

FEDE. Por cierto que acerca del arcón me ha dicho ese hombre cosas extraordinarias.

LUC. ¿Eh?

FEDE. Dice que este rey no es San Hermenegildo, como creíamos, sino Tétrico cuarto.

LUC. Puede que el pobre papá estuviera equivocado...

BENE. (*Por la derecha.*) ¿Señor?

FEDE. Adelante Benedicto.

BENE. Acaba de decirme Verónica, que el se-

ñor Conde desea hacer una pregunta al decorador...

FEDE. Sí; dígale que pase.

BENE. (*Hablando hacia el lateral.*) Pasa.

OLIMP. (*Entrando y haciendo una reverencia a Lucrecia como para estar quince días con lumbago.*) Señora...

FEDE. (*Presentando.*) Mi esposa... El señor Gilíperez...

OLIMP. (*Tras dos reverencias más.*) Aprovecho la ocasión señora condesa para expresarle el testimonio subrayadísimo, de mi pésame.

LUC. Muchas gracias. (*Federico habla con Benedicto.*)

VER. (*Entrando por la derecha, con una caja de madera no muy grande que pone sobre una mesita.*) Aquí tiene la señora.

LUC. (*Acercándose a la mesa.*) Aguarde (*A Olimpio.*) Quiero ver si puede usted componerme algunas cosillas a las que tengo una gran estima...

OLIMP. Todo es suceptible de arreglo en este mundo, señora Condesa, empezando por el mundo mismo.

LUC. Vea usted; aquí voy yo echando todo lo que se estropea. A esta caja la llamo yo el hospital.

OLIMP. Muy gráfico. Pues a ver si yo hago del hospital una verbena.

LUC. Hay aquí algunas maritatas que he vis-

to en mi casa desde niña y aunque no sé lo que son ni lo que representan, les tengo verdadero cariño.

OLIMP. Claro. ¿Qué importa lo que las cosas sean en sí? Lo importante es lo que representan para nosotros. Yo he visto a todo un pueblo adorando a un San Roque que no era San Roque, sino un retrato de Sagi-Barba vestido de peregrino.

LUC. (*Por un envoltorio que saca de la caja y pone sobre la mesita.*) Aquí tengo un Sevre que se ha hecho pedazos.

OLIMP. ¡Oh! Con los objetos porceláneos hay que ser precaucionadísimo. Digo, y con estos Sevres que se ciscan de solo mirarlos. Procuraré pegárselo a usted con toda la primorosidad de que yo sea capaz.

LUC. Muchas gracias. Vea usted estas dos piezas del ajedrez.

OLIMP. ¡Caramba! ¡Un ajedrez de concha y esmalte! ¡Qué cosa tan linda! ¿Quién tiene en Madrid uno muy parecido?

FEDE La Condesa de la Frontera.

OLIMP. Justo; pero el ajedrez... de la Frontera es algo más pequeño. (*Examinando las dos piezas.*) Esto del esmalte se puede arreglar muy bien.

LUC. Mire usted esta estatuilla griega. A esta hay que pegarle el brazo.

OLIMP. Muy linda.

FEDE. ¿Quién es?

BENE. (¡Atiza!)

OLIMP. Filamón.

LUC. ¿Quién?

OLIMP. Filamón, el poeta místico que acompañó a los argonautas en su viaje a la Cólquida. Hay quien cree que Filamón no existió, como hay quien cree que la Cólquida es un camelo, pero en fín, eso allá cada cual. ¿No ve usted? Tiene aquí el libro en el que describió las «Fageripodias» que eran unas fiestas que celebraban los griegos en honor de Dionisios.

FEDE. ¡Oh!...

LUC. Muy bien.

BENE. (¡Qué bárbaro!)

LUC. Y estos dos abanicos.

OLIM. (*Tomando uno de ellos.*) Hueso y cabritilla.

LUC. Sí: la cabritilla está como apolillada.

OLIM. Roída. ¡Qué cosa más rara! Un abanico de hueso roído... ¿Queda algo más?

LUC. Quedan algunas cosas pequeñas que...

AMBRO. (*Por la puerta del foro.*) ¿Señor?

FEDE. ¿Qué?

AMBRO. Un sacerdote, el padre Manrique, desea ver al señor Conde.

FEDE. ¿A mí? ¿El padre Manrique?...

LUC. (*Muy turbada.*) Es... mi confesor.

FEDE. Entonces será por tí, por quien pregunta...

AMBRO. Ha dicho el señor Conde.

FEDE. ¿Pero?...

LUC. Un momento. (*A Olimpio.*) Entonces usted se encarga...

OLIMP. No faltaría más señora. (*A Verónica.*) Anda pequeñaja, carga con la caja.

VER. (*Titubeando.*) ¿Eh?

OLIMP. (*Imperiosamente.*) Vamos.

LUC. Sí. (*Verónica toma la caja y se va por la derecha.*)

OLIMP. (*Despidiéndose.*) Señora... rendidísimo.

LUC. Adiós, buenas tardes.

OLIMP. Buenas tardes. (*Se va con Benedicto por la derecha.*)

LUC. (*A Ambrosio.*) Haga pasar a ese señor. (*Vase Ambrosio por el foro.*)

FEDE. (*Disponiéndose a marchar.*) Te dejo con él...

LUC. (*Siempre muy turbada.*) No, Federico, no hay error en lo que ha dicho el criado: es a tí a quien busca.

FEDE. (*Sorprendido.*) ¿Sabes tú, tal vez?...

LUC. Sé por mi desgracia, lo que viene a decirte. Oyelo y compadéceme. (*Mutis por la derecha.*)

FEDE. (*Perplejo.*) No sé... No imagino...

P. MANR. (*En la puerta del foro.*) ¿Puedo pasar?

FEDE. Adelante, señor... (*El padre Manrique frisa en los sesenta años y es a un tiempo*

sencillo y majestuoso, bondadoso y enérgico.)

P. MANR. El señor Conde sabrá disculparme si le molesto. Me trae un asunto reservado y delicadísimo.

FEDE. Esta es su casa, y usted me tiene a su disposición. Siéntese.

P. MANR. Mil gracias. (*Se sienta.*) ¿Podemos hablar sin temor a ser escuchados?

FEDE. Seguramente... pero me sorprende esa extraña precaución...

P. MANR. Cuando sepa de lo que se trata, se la explicará. Vengo a cumplir un encargo de su esposa.

FEDE. ¿Y ella necesita intermediarios para hablarme?...

P. MANR. Necesita, o cree necesitar, quien le preste ayuda para descubrir a usted un secreto que no tiene valor para contarle por sí misma. Al fin y al cabo, es un secreto que envuelve una culpa.

FEDE. Habla usted de culpas...

P. MANR. ¿Quién está libre de ellas, señor Conde? Hasta los santos pecan alguna vez. Además de que el pecado de su esposa, no fué cometido voluntariamente, sino al contrario. Fué víctima de una abominable traición... Su culpa consiste solamente en haber callado, y ni aún de eso es verdaderamente responsable puesto que la forzaron al silencio...

FEDE. (*Impaciente.*) ¡Basta de prólogo, por Dios!... El corazón me dice que viene usted a destruir mi vida, a despertarme de un sueño... ¡Sea! Pero no prolongue el martirio. ¿Qué tiene que revelarme de parte de mi esposa?

P. MANR. Lo que menos puede usted sospechar, la existencia de un hijo.

FEDE. ¿Qué?... Ella .., tiene...

P. MANR. Desde mucho antes de su matrimonio. Aunque vuelvo a decirle que cuantas atenuantes pueda tener una culpa las tiene la suya. Le evitaré a usted y me evitaré a mi mismo la amargura de un prolijo relato. Bástele saber que cuantas infamias pueden ponerse en juego para abusar de una mujer, se emplearon contra ella. Las confabulaciones, los engaños, la fuerza..., sin contar con el abandono inmediato y la fuga del miserable con quien se batió luego el padre de Lucrecia y... ¡Dios le haya perdonado!

FEDE. ¿Pero ella?...

P. MANR. Ella no conoció de la maternidad más que el dolor, porque la criatura que vino al mundo en un lugar ignorado de todos, le fué arrebatada en el momento de nacer por su padre, que no volvió nunca a darle noticias de ella. Aunque sin decírselo claramente, le hi-

zo entender que había muerto, y le prohibió volver a hacer la menor alusión a lo ocurrido, que debía ser olvidado para siempre. No creo tener que pintarle los sufrimientos de esa infeliz que más tarde conoció a usted y le quiso, aunque tardó mucho en decidirse a aceptar la mano y el nombre que usted le ofrecía, porque ese era el motivo de su resistencia. Ella quería confesarle a usted todo, y el padre se opuso. Su falso concepto del honor se oponía a descubrir a usted la verdad. Ella cayó vencida al fin, en la lucha... Estaba enamorada de usted; fué débil y cedió... Esa es su única falta que ha expiado con un remordimiento que ha durado su vida entera, que ha turbado su sueño, que ha amargado su felicidad...

FEDE. ¿Y por qué no se ha decidido a hablarme hasta ahora?

P. MANR. Porque hasta ahora no ha desaparecido la causa principal de su silencio: la promesa hecha a su padre... Y también por otra razón que es ya lo último que me falta por descubrirle: porque hasta ahora no ha sabido que aquel hijo, del que jamás tuvo noticias exactas, que aquel hijo a quien creía muerto..., vive.

FEDE. ¡Vive!

P. MANR. El General al morir le ha dejado escrita una carta en la que le descubre quién es y donde se encuentra.

FEDE. ¿La carta a que alude el testamento?...

P. MANR. (*Sacando un papel y entregándosele.*) Y que aquí tiene usted.

FEDE. ¿Ella le ha autorizado?...

P. MANR. Es ella quien se la envía. Esta mañana, después de recibir la sagrada Comunión me dijo que deseaba, revelar a usted lo que hasta hoy le ha tenido oculto. Aprobé su resolución y anticipándome a la súplica que me pareció leer en sus ojos, me ofrecí a tener con usted esta amarga entrevista. Queda cumplida la misión que tomé a mi cargo. Solo me resta un punto que aclarar: el de que no me ha llevado únicamente a ofrecerme a descubrir a usted este secreto, el piadoso deseo de ahorrar a su esposa el dolor de hacerlo por sí misma: me ha llevado principalmente un sentimiento de justicia: poder decirle lo que ella, el juez más duro de su propia falta, no le hubiera dicho jamás; que es preciso que se sobreponga a la amargura que esta entrevista haya podido causarle; que un ministro del Señor, que conoce hasta el fondo la conciencia de la mujer que lleva su nombre, le asegura que es una criatu-

ra virtuosa, una esposa modelo, una compañera ejemplar...

LUC. (*Que ha entrado en escena pausadamente y sin ser vista por Federico, se arrodilla ante él y le dice, angustiada.*) ¡Federico!..

P. MANR. (*Levantándola.*) Alce usted, señora. Esta mano que tantas veces ha absuelto su culpa en nombre de Dios, en su nombre igualmente la levanta del suelo... Alce usted.

LUC. Gracias, padre. ¡No me abandone!

P. MANR. El cielo es quien no ha de abandonarla. Yo no puedo prestarle ya mejor servicio que el de dejarla a solas con su esposo... Entre él y usted no debe interponerse nadie en este momento... Es Dios quien debe hablar aquí, y su voz sólo por aquellos a quienes se dirige debe ser escuchada... Abran bien los oídos... Que el orgullo no le cierre el paso a la clemencia... La más hermosa de las enseñanzas divinas es la del olvido de los agravios; el medio más seguro de vengarse, perdonar... Vuestro sol ha sufrido un eclipse, pero los eclipses son pasajeros... y tan dulces como la ventura que nunca se turbó, es la que se recobra después de creerla perdida, con la ventaja de que esta nos la debemos más a nosotros mismos, porque es nuestra propia obra;

la obra de nuestra generosidad... Cierto que alguna vez se ha llamado a la venganza «placer de dioses», pero por eso los dioses que inspiraban tal placer, fueron vencidos por el Dios del perdón... Buenas tardes. (*Vase majestuosamente por la puerta del foro. Pausa*)

FEDE. ¡Lucrecia!

LUC. No esperes oír de mis labios una sola palabra que me disculpe. Sé que no merezco tu perdón.

FEDE. ¿Qué has conseguido con ocultarme tu pasado? Hacer irremediable el mal. Si es cierto lo que ha dicho ese hombre—y debe serlo porque a Dios no ibas a tratar de mentirle—, tú no habías delinquido; eras una víctima que sólo merecía compasión. Yo te hubiera hecho mi mujer a pesar de todo, y hubiéramos sido felices, tan felices como lo hemos sido hasta aquí, sin correr el riesgo de que nuestra felicidad se viera de pronto rota para siempre...

LUC. Tienes razón.

FEDE. ¿No te dabas cuenta de que cada día que prolongabas tu silencio, era un nuevo escarnio que hacías de la fe que yo había depositado en tí?

LUC. ¡Federico!

FEDE. Y tú me engañabas...

LUC. ¡No!

FEDE. Sí: me engañabas; porque callar equivalía a engañarme... ¿En quién puedo creer ya si he perdido la confianza en tí?

LUC. Por muy duramente que me recrimines no lo harás con tanta crueldad como lo hace mi propia conciencia...

FEDE. Debe hacerlo, porque me has mentido en todo.

LUC. ¡Eso no, Federico!...

FEDE. Sí; tu tristeza, tu melancolía constante no tenía por causa como siempre me diste a entender, el no haber logrado conseguir un hijo de nuestro matrimonio: obedecía a que el recuerdo del que ya tenías llenaba tu corazón... Era por él por quien llorabas... Era su cariño el que me disputaba el tuyo, porque le querías más que a mí...

LUC. *(Estallando.)* ¡No!... ¡Eso no!... ¡Más que a tí a nadie!... Yo podré haberte ocultado la verdad, podré haber abusado de tu hidalguía, pero quererte te he querido siempre: ¡siempre! Mi único afán de todas las horas, de todos los momentos, ha sido hacerte feliz... Y lo he conseguido... Tú mismo reconocías hace un momento que me debías muchos años de ventura... Y yo pensaba oyéndotelo decir: «esa es mi obra: la obra de una deslealtad: es cierto; pero pues la he realizado, he cumplido la

única misión que tenía que cumplir sobre la tierra... Ahora recházame si quieres.

FEDE. ¿Crees tal vez que una cadena como la nuestra se rompe cuando se quiere? Nosotros no debemos, no podemos separarnos nunca. Esa es la mayor de mis torturas: que estoy unido a tí para siempre y que tú, ya no eres tú: no eres la mujer intachable que yo quería a cegar, sino... (*No sabe qué decir y se calla. Lucrecia llora en silencio. Pausa.*) No llores, Lucrecia... (*Dulcificando mucho su acento.*) Discúlpame, sí... Comprendo lo que sufres y bien nos aconsejó quien nos dijo que en este momento no debían hablar aquí ni el rencor ni el orgullo, sino la conmiseración y la piedad.

LUC. ¡Federico!

FEDE. (*Conmovido.*) Aunque me empeñe en no escucharla, más fuerte que la voz que me dice «castiga», es la que se escapa de mi corazón diciéndome «perdona»...

LUC. (*Cogiéndole una mano e intentando arrodillarse ante él.*)

FEDE. (*Sujetándola.*) Levanta, mujer... y ve, cuando dispongas, adonde quieres ir: ¡en busca de tu hijo!

TELON

ACTO SEGUNDO

Almijar del cortijo de «El Husar», finca andaluza próxima a Lebrija. Pajares y algún chozón o algún carro o alguna máquina trilladora, en el lateral derecha. En el fondo un gran moral y a su sombra un pozo con lavadero. A la izquierda, un poco en chaflán, la portalada que da acceso al caserío y dependencia del cortijo. Al foro perspectiva de campo andaluz en primavera.—Es de día.

Al levantarse el telón están en escena RUFINA, TIRABEQUE y MELLAITO.—Rufina, guapa mocetona, lava unas prendas. Tirabeque y Mellaito, dos gañanes, sentados a la sombra del moral, lían un cigarrillo.)

TIRABE. ¿Pero tú llegate a arrearle el guantaso, Rufina.

RUF. ¿Cómo que si llegue? A lata sonó, no te digo más. El me tomó la cara asín... (*Señal de caricia*) y yo se la tomé asín... (*Señal de bofetada.*) que lo dejé esmoresío...

MELLA. ¿Pero te tomó la cara?

RUF. Con toa la mano.

MELLA. Cuenta como fué, mujé.

RUF. Pos ná que tenía yo que dí a Lebrija con mi mare pa que er médico le viera eso colorao que l'ha salío en el brazo, que ella dice que es de la lejía, y er médico dise que es un repelurno de la sangre, y yo digo que es de los platasos de remolacha que se mete en el cuerpo, que le tiene que salí lo colorao hasta por los ojos; y va, y me dise el amo: «Ascucha Rufina: ar pasá por ahí ar lao, por el caserío de «Los Retamales», entriega esta carta pa que se la den a la señita Adela»... A mí la verdá, no me hizo grasia la cosa, porque esto fué hase una semana que había tentaero en «Los Retamales» y como los Iñiguez convían a tantísima gente, pos yo pensé «ví a tené que dí aonde er gentío y con lo corta que yo soy me ví a achará. Pero, claro, como yo no le iba a desí que no al amo, cogí la carta salí pitando con mi mare, y ar pasá por «Los Retamales» me aserqué a la casa escurriéndome como pude, entré por la puerta d'atrá, le dí la carta a Mariquita Moscoso, una muchacha de «Las Cabezas» que está allí pa ayudá al cuerpo de casa, y me gorví pa la carretera por el carrilillo de los rosales que sa corta bastante. Y en esto hijo mío, que me sale un señorito mu arto

él, tó afeitao él y con medio antiojo na más.

MELLA. ¿Con medio antiojo, Rufina?

RUF. Medio antiojo, Mellaito. Un cristá aquí y na má.

TIRABE. Sí hombre: un minúsculo.

MELLA. ¿Eh?

TIRABE. Que eso se llama un minúsculo. Es una cosa que inventaron pa los chatos. Se asujeta er cristá en er recóncavo del ojo y en esta cunetita que tos tenemos aquí que le disen la «sojera» y no se cae aunque se estornude.

MELLA. (*A Rufina.*) Güeno, y qué sigue...

RUF. Pues ná, que er señorito mu naturá se vino pa mí, y yo, mu naturá, pensé «éste me va a preguntá argo», y fí y me paré frente a él y va él y se para también frente a mí, y voy yo, la muy tonta, y le pregunto.—¿Qué?.—Y va él, el muy sin vergüensa, y me contesta. «Na».—Y alarga el brazo y me toma la cara disiendo: «Uyuyuyuy»... y yo m'echo p'atrás y le atiso un guantaso con tal fuersa, que acabaito el «uyuyuyuy», largó un «ayayay» con unas ganas que si es mudo revienta. (*Rien Mellaito y Tirabeque.*) Yo seguí mi camino como si tal y él se quedó allí buscando el... minúsculo, que, pué que a los estornudos no se caigan... pero a los guantasos salen disparados.

MELLA. ¡Chavó!...

TIRABE. ¡Camará!...

RUF. Y es, a lo que yo iba al hablá de esto: si los hombres le toman la cara ahí porque sí a una mujé que no se mete con naide y que lleva tapao tó lo suyo pa no provocá, ¿qué harán en Sevilla y en Madrí con esas que lo llevan tó al aire y tó mu presentao y que andan con muchísimo remeneo como disiendo: «mirá lo que yo me traigo, mirá lo que yo me traigo»...

MELLA. ¡Claro!

RUF. Porque hay que vé como van argunas. ¡Dios mío de mi arma! ¡Josú!... De las que han venío a las fiestas de «Los Retamales» la única que va medio desente, na más que medio desente, es la señita Adela. ¿Las demás? ¡Virgen Santísima!... Hasta viejas reviejas con nietos casaos, con er pelo corto y enseñando toas sus antigüedades, que yo de verlas me ponía colorá. Y atiende a este gorpe. M'ha dicho a mí Mariquita Moscoso que sacaron un retrato de toas las señoras sentás en hilera pa mandarlo a un periódico y que en cuanti el retratista dijo «prepararse que ahora va a sé», toas montaron una pata sobre la otra, què la que menos enseñaba el cayo de la roiya ¡y asina han salio en el periódico!

MELLA. (*Encandilado.*) ¿Qué periódico es, tú?

RUF. Ya se ha roto.

TIRABE. Na, hombre; lo que dise mi compare Frasquito que es más verdá que la má. Dice él que ca persona llevamo nuestra vergüensa que es como una lámpara lértrica y ar que se le funde la lámpara se quea sin vergüenza pa los restos. Y hay mucha vergüenza fundía.

RUF. Y tanta. A oscura anda la gente.

TIRABE. Por eso andan a manotones ..

RUF. No has estao pesao, Mellaito.

MELLA. A mí lo que me llama la atención es lo deslumbrao que está el amo con la señorita Adela.

TIRABE. Y es pa deslumbrarse, porque ella es una fló de bonita. ¿Son ya novios, tú?

RUF. Dende hase una semama. Ya ellos venían camelándose dende el año pasao.

TIRABE. ¡Vaya una boa si cuaja! Hija única y con una de millones...

MELLA. Pos el amo no está tampoco descarso, Tirabeque.

TIRABE. ¿Ande vas a compará, hombre? Los sien mir duros que puéa tené el amo no son na ar lao de lo que tiene don Patricio Liñiguez, que le llevan er dinero a su casa en camijones. Na más que la dehesa y la ganadería brava vale un platá. Y disen que en Madrí tiene casas hasta de siete pisos.

MELLA. ¡Chavó!

TIRABE. Ademá que esos Liñiguez no son de familia de esas de perro chico, sino de familia casi reá. Y ahora don Patricio va a sé Conde porque le disputa er título a un generá pariente suyo que s'ha muerto.

RUF. Por eso creo yo que el amo y ella...

MELLA. ¿El amo d' acá no es de güena familia, Tirabeque?

TIRABE. Hombre, según lo que se entienda, Mellaíto. Más güeno que su padre que esté en gloria no ha nasío naide. Ya ves tú que el amo es cariñoso y es corriente y parese uno de mosotros ¿no es verdá? Güeno pos ni compararlo; porque el Husa, como tó er mundo lo llamaba, porque había sío sordao, no es que paresía uno de mosotros, sino que era uno de mosotros y aunque tuvo suerte y güenos amparos y prinsipió con cuatro fanegas de tierra y llegó a este «semporio» de riqueza, siempre fué uno de mosotros.

RUF. Lo que le pasa a doña Fermina, su viuda de é, que es la señora y es el ama y es tó lo que se quiera, pero es también una de nosotras, sin tonterías de orgullo ni pamplinas.

TIRABE. Sí señó, güenísima, pero es familia de a perro chico. Vamos que no son güe-

nos en el otro sentío. Porque al desí yo güena familia en el otro sentío, quiero sirnificá que los agüelos antiguamente lucharon con los moros y tomaron argún castillo.

MELLA. Y el Husa, ¿no estuvo también en Melilla, so animá?

RUF. (*Mirando hacia la derecha.*) Allá viene el amo.

TIRABE. Verdá es.

MELLA. Y con ella.

RUF. ¡Vaya una pareja!

TIRABE. ¡Lo bien que montan los dos!

RUF. Pa la casa vienen.

MELLA. Habrá que asujetarle los caballos ¿no?

TIRABE. Espera a que llamen.

RUF. (*Recogiendo la ropa.*) Yo me las guillo, por si acaso.

VEN. (*Dentro, llamando.*) Sarvadó... y tú...

TIRABE. ¡Hala!

MELLA. Vamos. (*Sé van por la derecha.*)

RUF. (*Disponiendose a hacer mutis. Suspirando.*) ¡Ay!... ¡Cuándo me llegará a mí la hora!... Pero los hombres no van más que a lo fásil y como yo tengo mi vergüensa sin fundí... (*Desaparece por la izquierda, llevándose la ropa.*)

ADELA (*Dentro.*) Sí: llévalo a casa. Desde aquí me iré a pie. (*Entra en escena por la derecha, primer término, seguida de Ventura. Ambos son jóvenes y visten traje andaluz de montar.*)

VEN. ¿Qué inconveniente hay en que yo te acompañe hasta tu casa? ¿No te han autorizao tus padres pa que vengas conmigo a ve los toros?

ADELA Prefiero que sea aquí donde terminemos nuestro paseo.

VEN. ¿Por que?

ADELA Porque tenemos aún mucho que hablar y en casa no hubiéramos podido hacerlo fácilmente.

VEN. Como tú quieras, mujé. Está a tu vera, sea donde sea, siempre es pa mí, como está en la gloria.

ADELA (*Tristemente.*) ¡Ay, Ventura!... No me digas eso ahora.

VEN. ¿No te gusta oirlo?

ADELA Muchísimo: bien lo sabes; pero tengo tan poca esperanza de que realicemos nuestra ilusión, que todo lo que sea recordar que nos queremos me produce pena más que alegría.

VEN. Chiquilla... ¿A quién se le ocurre hablá de penas en este momento, cuando acabamos de pasá una mañana divina, en el campo, sin ocuparnos más que de nuestro queré? ¡Lo bonita que estabas a caballo con ese traje! No lo estarás tanto, de seguro en Madrí cuando te vistas pa ir al Real...

ADELA ¿Tú qué sabes?

VEN. Ya lo creo que lo sé. Y aunque lo es-

tuvieras no me lo parecerías. El buen campero sólo encuentra lo bonito en su terruño y como yo no soy más que un campero, para mí esto es lo mejor del mundo y aquí me creo yo—no te rías—aquí me creo yo un rey. Por eso cuando galopaba hace un instante por el campo a la vera tuya, me hacía la ilusión de que era un rey, que recorría sus tierras con la llamada a compartí su trono y de que, pa recibí dignamente a su reina futura, se habían adornao de los mejorcito er sielo y la tierra: er sielo, emborrachándose de luz y la tierra volviéndose loca a echá flores.

ADELA Calla, Ventura; te lo suplico... Me haces daño.

VEN. ¿Por qué, chiquilla?

ADELA Porque lo que a tí te parece un presagio favorable, es por el contrario el anuncio de nuestra desgracia.

VEN. Mujé, no te comprendo.

ADELA Si mis padres han permitido que me acompañes en esta excursión que ha de ser la última, ha sido únicamente para que ponga término en nuestras relaciones.

VEN. ¿Qué estás diciendo?... ¿Has hablao ya con ellos?

ADELA Anoche.

VEN. ¿Y nada me habías dicho hasta ahora?

ADELA Por no destruir el encanto de nuestro paseo. ¡Era tan feliz a tu lado!

VEN. ¿De modo que la negativa ha sido?...

ADELA Absoluta... Ya te dije que la presentía. Por eso retrasaba el momento de hablarles...

VEN. ¿Y en qué se fundan? ¿En que no soy aristócrata como ellos?... ¿En su propósito de casarte con ese idiota?...

ADELA En las dos cosas. ¿A qué he de ocultártelo?

VEN. Lo comprendo.

ADELA ¡Ventura!...

VEN. ¿Quién es uno pa pretendé casarse contigo? El hijo de un pobre hombre que consiguió ser dueño de cuatro terrones a fuerza, de fuerzas....

ADELA Calla, Ventura; no me martirices por Dios. Bien sabes que para mí no hay en el mundo un hombre más digno que tú. Yo sería tu mujer con orgullo.

VEN. Sí: con orgullo, pero... renuncias a serlo.

ADELA Si hubieras presenciado la escena de ayer con mis padres no me hablarías como me hablas. Mi madre sobre todo, no tienes idea de cómo me puso. Me amenazó con que si hoy mismo no rompía nuestras relaciones, esta misma noche nos volveríamos a Madrid; me dijo que si la desobedecía la mataría

el disgusto... Y no ignoras lo que es mi madre para mí. Ventura. No es sólo la vida lo que le debo... Una vez estuvo a punto de morir por cuidarme... Se pasó un mes entero a la cabecera de mi cama sin comer ni dormir apenas, y contrajo una grave enfermedad... Otra vez que estuve a punto de perecer abrasada, ella dió pedazos de su piel para que sanasen mis llagas... ¿Puedo rebelarme contra una madre como esa?... ¿Te rebelarías tú contra la tuya?... Contesta... (*Viendo que Ventura se calla.*) Asegúrame que en mi caso serías capaz de causar esa pena a la que te dió el ser, y yo te aseguro hacerlo igualmente... Pero, ¿a qué no te atreves a decírmelo?

VEN. No sé, Adela, tal vez tengas razón. Yo no daría nunca a mi madre un disgusto... No podría vivir si lo hiciera...

ADELA Así habla un buen hijo. Por eso te quiero.

VEN. ¡Y por eso me obligas a renunciá a tu cariño para siempre!...

ADELA Para siempre, no. Lo que yo no puedo es rebelarme, pero puedo luchar y lucharé... Y, sobre todo, no seré de otro hombre: te lo juro solemnemente. Yo podré prescindir de tu cariño, aunque me cueste ser desgraciada; pero ese es

el límite de mi obediencia... Un doble sacrificio sería demasiado.

VEN. (*Mirando hacia la derecha.*) ¡Calla!... Tus padres... ¡Y con él!... (*Se separa de ella. Por la derecha en primer término, entran en escena Teodora, don Patricio y Asís. Patricio tiene sesenta años y aspecto de cualquier cosa menos de ganadero de reses bravas. Asís que gasta monóculo, es un pollo bastante antipático: lo que diríamos un «hueso». Algo de hueso es también el papel. Un papelito como para un amigo. Teodora, es una señora vulgar. Viene sin nada a la cabeza y con sombrilla: en plan de paseo.*)

ADELA (*Saliéndoles al encuentro.*) ¡Oh!... Dando un paseo, ¿eh?

TEO. Sí; dando un paseo y... buscándote.

ADELA. ¿Buscándome? (*Riendo.*) ¡Por Dios! ¿Pero es que me había perdido?...

TEO. No, mujer; pero como hacía mucho tiempo que habías salido de casa para ir a la torada donde hay siempre peligro, estábamos inquietos.

PATRI. Positivamente inquietos.

TEO. A tu padre se le ocurrió que podías estar aquí de vuelta del paseo visitando a la madre de Ventura.

PATRI. No fuí yo; fué Asís el de la buena ocurrencia. Cada cosa en su sitio.

ASÍS. Sí, fuí yo, pero no tiene ningún mérito

el haber acertado. ¡Era tan lógica la suposición... ¡Adela siente tantas simpatías por... (*Muy subrayado.*) la señora Fermina!...

VEN. (*Muy tranquilo, recogiendo la pulla.*) La señora Fermina; es verdad; así la llama todo el mundo. Y mire usted si será (*Muy subrayado también*) señora, la señora Fermina, que no hay en todo el contorno quien no la quiera, y quien no la respete. A mi me gusta la mar que la llamen así. En lo más hondo de mi pensamiento y cuando quiero yo darle a mi madre el mejó de los títulos, yo mismo la llamo de esa manera, la señora Fermina. Es un señorío ganao por ella, por su talento, por su bondad... Y como en cuestión de títulos y honores, tiene más mérito er que los gana que er que los hereda, creo firmemente que el señorío ganao por mi madre vale más que el heredao por su madre de usted.

ASIS. (*Amenazador.*) ¡Ventura!

VEN. (*Desafiándole.*) ¿Qué pasa?

ADELA. ¡Por Dios!...

ASIS. (*Conteniéndose.*) Creo que ha interpretado usted mal...

VEN. Pudiera ser.

ASIS. Yo no he querido molestarle...

VEN. Tampoco yo hubiera consentido...

TEO. (*Apoyándose en el brazo de Asís.*) Bien, bien. Si os parece...

PATRI. Sí; volvamos a casa... Buenas tardes, Ventura.

VEN. Buenas tardes.

TEO. (*Haciendo mutis por la derecha primer término, del brazo de Asís y seguida de Patricio y Adela.*) ¡El pobre!... Ya Adela le habrá dicho... y figúrese...

ASIS. He respetado que estaban ustedes delante... (*Mutis.*)

ADELA. (*Aparte a Ventura, alargándole la mano.*) No olvides lo que te he jurado.

VEN. ¡Adela!...

PATRI. (*Severamente.*) ¡Vamos! (*Queda solo Ventura.*)

VEN. (*Sentándose desalentado.*) Su buen deseo la engaña... ¡Hubiera sido demasiado para mí!

RUF. (*Saliendo de la casa.*) ¡Anda! ¿Pero estaste aquí entadía? Creía el ama que s'abía usté dío nuevamente... (*Gritando hacia la izquierda.*) ¡Sita!... ¡Que está aquí er sito!... Voy a la güerta a cogé tres sebollita que quiere Micaela pa la carne. (*Mutis por la derecha último termino.*)

TIRABE. (*Por el primer término de la derecha.*) Y digo yo mi amo ¿ensierro la jaca o la dejo ahí amarrá a la sombra?

VEN. Dejala ahí: tengo que dar una vuelta por los negrales.

TIRABE. Sí señó. (*Se dirige a la casa.*) ¡Ah!... Rompetecho... gueno, er veterinario, ha venío hase un rato a vé que es eso der sementá y está en la cuadra chica esperándolo a asté.

VEN. Ahora me llegaré por allí.

TIRABE. Sí señó. (*Mirándole compasivamente.*) (Tos tenemos nuestras espinas.) (*Al entrar en la casa se cruza con Fermina que sale.*) Guas tardes mi ama... (*Mutis.*)

FER. Buenas tardes. (*Fermina es una simpatiquísima y despejadísima mujer de cincuenta años. Aunque viste con modestia se ve a cien leguas que es el ama. A Ventura.*) Hola.

VEN. Hola, madre.

FER. Supe por Rufina que habías venido aquí con Adela, pero como no entraban ustede creí que se habían ustede vuelto a marchá.

VEN. Es que...

FER. (*Mirando hacia la derecha, primer término.*) ¿Eh?... ¿Quién va allí?... ¿Es que han estao aquí también los padres?...

VEN. Sí.

FER. ¿Y no han entrao?

VEN. Iban de pasada...

FER. (*Mirando a Ventura.*) Dime la verdá, Ventura... ¿Qué tienes?... ¿Qué ha sucedido?..

VEN. Lo que tenía que sucedé, madre...

Pensaba usted muy bien cuando me desía que... eso no podía sé.

FER. ¿Ha hablao ya con ellos?

VEN. Sí.

FER. ¿Y no quieren?...

VEN. Ni amarraos.

FER. Era de esperá. Esa gente pone su orgullo por ensima de todas las cosas.

VEN. ¡Bah! Después de tó...

FER. ¿Vas a haserme creé que no te importa?...

VEN. Sí me importa, madre: mucho, muchísimo... pero mientras yo la tenga a usté en el mundo, pa mí no hay penas.

FER. (*Incrédula.*) ¡Ay, Ventura!...

VEN. ¡Palabra!

FER. Bueno: ¿y ella que dise? Porque aquí lo que importa es sabé lo que ella piensa.

VEN. Ella me ha jurao no ser de otro.

FER. Algo es algo.

VEN. ¿Cree usté que puedo confiar?... (*Fermina, mirando hacia la derecha último término, no le contesta*). ¿No quiere usté contestarme?

FER. Es que no sé quien viene...

VEN. ¿Eh?

FER. Unos que han dejado el coche en la carretera y vienen pa acá hablando con Rufina...

VEN. No tengo ganas de conversación, madre. Atiéndalos usté.

FER. A lo mejor no es a nosotros a quien buscan.

VEN. Tiene usted razón.

FER. Y en último caso, Rufina nos avisará...

VEN. Es verdá. Vamos. (*Entran en el caserío.*)

(*Tras una breve pausa entran en escena por la derecha último término LUCRECIA, RUFINA y FEDERICO.*)

FEDE. Entonces, «Los Retamales» la dehesa de los Iñiguez está muy cerca de aquí, ¿no?

RUF. Ar laito, ar laito. Se estornuda en «El Husa» y disen «Jesú» en »Los Retamales». Desde la güerta se ve la casa. Una casa mu hermosísima. Ahora han tenío tentaero y había allí un gentío de gente!... Ya no queda más que la familia. Una gente mu tiesa. La señita Adela pué pasá, pero los demás... ¡Josú! Parece que tienen la sangre mezcla con armidón del gato...

LUC. (*Impaciente.*) Bueno: usted me hará el favor de pasar a la señora ese recado. ¿Verdad?

RUF. Ya lo creo: ahora mismito... Pues no fartaría más... Tomen ustede asiento los dos... (*Entra en la casa.*)

FEDE. (*A Lucrecia, que se apoya en el respaldo de un sillón y cubre su cara con las manos.*) ¡Lucrecia!...

LUC. Tengo miedo, Federico.

FEDE. Mucho cuidado. Piensa en lo difícil de tu situación...

LUC. Por eso deseo hablar antes con ella: con la... madre!...

FEDE. Debe ser ésta que se acerca...

LUC. Tú, Federico...

FEDE. Yo, te libraré de mi presencia en estos momentos. Sería muy violento para los dos...

LUC. ¿Pero?...

FEDE. Nuestra mútua delicadeza lo exige.

FER. (*Entrando en escena.*) Buenas tardes.

FEDE. Buenas tardes.

FER. Me ha dicho Rufina que...

FEDE. Sí: que esta señora desea hablar un instante con usted. (*Se inclina y se va por la derecha.*)

FER. Entre usted en mi casa, señora. Estaremos mejo.

LUC. No. Prefiero que hablemos aquí.

FER. Si es reservao lo que tiene que desirme, ahí dentro podrá hacerlo con más confianza.

LUC. No; prefiero aquí mismo...

FER. A su gusto. Siéntese usté.

LUC. Gracias. (*Se sientan.*) Ante todo perdóneme que le dirija varias preguntas... ¿Usted se llama Fermina Hernández?

FER. Servidora de usté.

LUC. Y su esposo, muerto hace años, se llamaba Valentín Mendizábal, «el Húsar» por apodo, ¿no es cierto?

FER. Sí, señora.

LUC. Asistente en su juventud, cuando sirvió al Rey, de don Víctor Larralde, Conde de Garmendía ..

FER. Sí, señora.

LUC. Entonces ya estoy segura de que es usted a quien busco. Y vuelvo a pedirle perdón por verme obligada a seguir preguntando... Usted no ha tenido nunca más que un hijo de su... matrimonio, ¿verdad?

FER. (*Algo recelosa.*) ¿Eh?

LUC. ¿El que... vive?

FER. El que vive, sí señora: Ventura.

LUC. En ese caso, sólo me resta ya la última interrogación. Contéstela mirándome frente a frente. ¿Usted podría afirmar delante de Dios que ese hijo... es suyo?

FER. (*Asombrada, levantándose.*) ¡Señora!... ¿Qué está usté diciendo?

LUC. Ya sé que está legitimado; que ante la ley y ante el mundo no puede tener otra madre, pero... ¿usted está segura de ser su madre verdadera?

FER. (*Rehaciendose.*) Pa que yo conteste a esa pregunta, tiene usté que contestá antes a otra. Sólo una persona podría tené derecho a hablarme a mí de esa manera. Usted ya sabe quién soy yo; ahora, yo, necesito sabé quién es usté.

LUC. Me llamo Lucrecia de Larralde y soy la hija del General...

FER. Está bien. Reconozco que tiene derecho a preguntarme... aunque me extraña que haya tardao más de veinte años en haserlo.

LUC. Hasta ahora no he sabido que mi hijo... que el hijo de usted vivía y dónde se encontraba.

FER. ¿Eh?

LUC. Mi padre ha muerto hace poco, y ha sido una carta suya, encontrada después de su muerte, la que me lo ha descubierto todo.

FER. ¿Todo?

LUC. Sí: por ella sé que el niño fué entregado por el General a su antiguo asistente, en quien tenía una gran confianza; que éste, soltero entonces, lo hizo inscribir como hijo natural suyo; que más tarde, casado con usted, le legitimaron por subsiguiente matrimonio, declarando usted ser su madre verdadera; que desde entonces lleva su nombre legalmente... Ya ve usted que no la he mentido al decirle que estaba enterada de todo.

FER. De tó lo que usted puede sabé; pero la historia no está completa. Falta por desí que aquel niño entregao a mi marido, fué desde el primer momento lo

mejor de nuestra casa; que le quisimos con el mismo cariño que si hubiera sido de verdá hijo nuestro; que él se dió a queré siempre; que desde muy chico reveló lo que iba a sé... Y ante la vista tiene uste su obra: estos campos que son nuestros y este negosio de ganados, que no debemos sólo a la protección del General y a los desvelos de mi pobre marido, sino principalmente a los esfuerzos de él y a los trabajos de él... Nosotros le dimos a él nuestro nombre y él nos dió a nosotros un aumento de bienestá y un respeto muy grande de la gente. Y a mí me dió má, porque me dió todo su cariño... No le extrañe que se lo diga con argullo: Ventura me quiere cuanto pueda queré el mejor de los hijos. Comprenderá usté que mi vida no tiene más norte que él; que siempre conté con que sería su mano la que me cerrase los ojos cuando yo me muriera, pero sí la presencia de usté aquí me da a entendé lo que sospecho, aunque lo sienta con toda mi alma, aunque me vuelva loca de doló, aunque me muera de pena, no tema usté encontrá en mí la menor resistencia. Las últimas palabras de mi marido las tengo yo muy presentes. Me reveló quién era la

madre de Ventura, es desí, quién era usté, y me dijo: «Fermina, si arguna vez el General o ella, te reclaman a Ventura, tú no te opongas a ná; y aunque él, por ley, no puede sé más que hijo nuestro, deja tú que él haga lo que crea mejó pa su conveniencia». Esto me dijo cuando se moría y mi obligasión es obedecerle. Y na más. ¿Viene usté por su hijo? Pues ahí lo tiene usté: cuéntele usté la verdá y que él desida. Pero al contarle la verdá tenga usté mucho cuidao señora, porque corre usté un peligro muy grande.

LUC. ¿Un peligro, de qué?

FER. De resibí un desengaño. Yo sé lo que piensa Ventura sobre estas cosas y temo que lo haga usté desgrasio sin conseguí ná pa usté.

LUC. ¿Qué quiere decirme?

FER. Calle usté ahora, que viene gente. (*Entra en escena por la derecha Mellaíto.*)

MELLA. Gúas tarde y la compaña.

FER. Buenas tardes.

MELLA. Ahí, vengo de «Los Retamales» de llevá la jaca de la señita Adela. Me dijo ella, dijo, dice...

FER. (*Atajándola.*) Entre, busque al señorito y dígale que haga el favó de vení.

MELLA. Si señora. Ahora mesmo. (*Entra en el caserío.*)

LUC. (*Temerosa.*) Gracias, señora, pero no me mire con odio. Póngase en mi caso; si usted encontrara de repente a un hijo al que hubiera llorado por muerto ¿renunciaría a la dicha de verle y de recobrarle si era posible?

FER. Yo no puedo ser juez de lo que usté piense señora. Se hará lo que usté quiera y nada más. Mande y yo la obedeceré.

LUC. No mando, le ruego únicamente, lo que usted me rogaría a mí si los papeles se invirtieran... Pero, por la Virgen Santa, vuelvo a pedirle que no me mire con adversión... Usted no puede ser enemiga mía. La que es para mi hijo lo que es usted... Nuestro común interés debe unirnos. Las dos debemos sacrificarnos por él en todo momento...

FER. En ese caso, no perdamos el tiempo, señora, y busque usté algún pretexto para empesá su conversación con Ventura, sin que él se extrañe...

LUC. Sí; es necesario; pero no se me ocurre nada. Ayúdeme por Dios.

FER. Como no sea...

LUC. ¿Qué?

FER. Ventura acaba de sufrí un gran disgusto; tenía una novia y ha terminao sus relaciones con ella, porque los padres de la muchacha se oponen terminante-

mente. Fínjase usté amiga de la familia y dígale que está dispuesta a trabajar en su favó.

LUC. Sí, sí; es un pretexto excelente...¿Quién es esa familia?

FER. Son los amos de la finca que linda con ésta...

LUC. ¿Los de Iñiguez?

FER. Sí, señora.

LUC. No tengo que fingir entonces. Esa joven es mi sobrina. Estábamos bastante distanciados con motivo de un pleito... pero ahora, a raíz de la muerte de mi padre, se han portado muy cariñosamente conmigo y puedo por tanto... Sí, yo haré cuanto esté de mi parte: la comedia va a trocarse en realidad. Voy a tener el medio de poder contribuir a su dicha. ¡Dios está conmigo!

FER. Y de mí se aparta puesto que para mí es pesadumbre lo que para usté es alegría.

LUC. ¡No diga eso!... Yo no aspiro a todo su cariño... Sé que eso no es posible...

FER. (*Mirando hacia el caserío.*) ¡Cuidado!... Es él...

LUC. (*Emocionadísima.*) ¡Jesús!... ¡Dios mío!... (*Pausa.*)

VEN. (*Entrando en escena.*) ¿Me llamaba usted, madre?

FER. Sí; acércate... (*Procurando ocultar su*

emoción.) Esta señora, que es hija del General que tanto protegía a tu padre, desea conocerte...

VEN. Permítame entonces que le bese la mano, señora. (*Lo hace.*) Siempre oí hablar a mi padre de su padre de usté como del más generoso de los bienhechores, y para mí son sagradas todas las deudas especialmente las de aquí... (*Por el corazón.*)

LUC. (*Muy conmovida.*) Ya sé que es usted un muchacho de un gran mérito...

VEN. (*Sonriente, por Fermina.*) Claro, ha hablado usté con ella... Todos los hijos somos buenos para nuestras madres. ¿Y a qué se debe esta agradable visita?

LUC. (*Vacilante.*) A que he venido aquí muy cerca, a ver a mis primos los de Iñiguez...

VEN. ¿Cómo? ¿Es usted de la familia de Adela?...

FER. Y con ella se relaciona un asunto del que quiere hablarte.

VEN. ¿Eh?...

FER. Lo dejo contigo para que lo haga con más libertá.

VEN. ¿Pero?...

FER. Hasta luego, señora. (*Entra en el caserío.*)

VEN. Crea usté señora que estoy impaciente por saber lo que tiene que desirme...

LUC. Es muy sencillo... Que hablando con su madre he sabido la contrariedad que acaba usted de tener, y me he ofrecido a ser mediadora con mis primos, para buscar una solución favorable al asunto.

VEN. ¿Será posible?

LUC. Ignoro hasta donde podrá llegar mi influencia cerca de ellos; lo que le aseguro es que pondré todos los medios que estén a mi alcance para que logre sus deseos... digo, si a usted no le parece una imprudencia que me mezcle en esta cuestión ..

VEN. ¡Señora, por Dios!... ¿Una imprudencia, cuando me está usté dando una esperanza, con la que no soñaba siquiera?

LUC. Crea que si lograra realizarla, mi placer sería tan grande como el suyo.

VEN. ¿Tanto quiere usted a Adela?

LUC. No es sólo Adela quien me inspira interés: es usted también...

VEN. (*Asombrado.*) ¿Yo?...

LUC. Sí: usted.

VEN. Señora, ese ya es el colmo de la bondá. ¿Cómo ha podido inspirarle interés una persona con quien habla usté por primera vez en este momento? ¿Es que quiere usté seguí la obra de su padre?... ¿Es que quiere usté seguí protegiendo a esta familia que tanto le debe?...

LUC. No: Es usted; es su persona, la que... me interesa.

VEN. Le aseguro, señora, que vamos, estoy en un mar de confusiones.

LUC. Pues voy a sacarle de él. Su presencia me despierta el recuerdo a la vez más dulce y más amargo de mi vida. Yo perdí a un hijo que debía tener su misma edad; que hasta se parecía a usted y al ver a usted ahora... ¡Que tontería! ¿Verdad?

VEN. Tontería, no señora. ¿Cómo va a sé tontería lo que le recuerda a uno una pena? Ahora, que por lo que a mi me toca, veo en esto la mano de la Providencia, porque recordándole yo a su hijo, pondrá usté todo su empeño en convencé a los padres de Adela.

LUC. Se lo juro.

VEN. Crea usté que pa mi no puede habé alegría en el mundo sino con ella. Y ella también me quiere a mí. Hasta me ha jurao no ser de nadie si no ha de ser mía. ¡La pobrecilla!... Háganos usté dichoso, señora y su hijo se lo agradecerá desde allá arriba.

LUC. Y si fuera tan afortunada que lo consiguiese ¿qué me daría usted en cambio?

VEN. Cuanto usté me pidiese, señora. Hasta la sangre de mis venas si era menesté.

LUC. No soy tan avara. Con... la estimación de usted me bastaría.

VEN. ¿La estimación? Yo no sé estimá; eso es muy fino para mí. Yo sé queré. Y si usté me consiguiera lo que tanto deseo yo la querría a usté como a una segunda madre, porque es que sería usté pa mi tan generosa y tan buena como ella.

LUC. Todas las madres somos lo mismo.

VEN. Todas no; las que son buenas solamente, que hay algunas que ni el nombre de madre merecen.

LUC. ¿Usted cree?...

VEN. Basta echar un vistaso por ahí para verlo. Esta es una cuestión de la cual tengo yo una idea muy especial, debido tal vez, al ejemplo que he visto siempre en mi casa. Por lo mismo que mi madre ha sido una mujer que está de nones en el mundo, siento yo indignación cada vez que veo a una criatura abandonada por la suya. ¡Y hay tantas por estos contornos!...

LUC. Desde luego que hace mal toda mujer que abandona a su hijo, pero puede haber casos en que la falta merezca disculpa...

VEN. ¡Quiá!

LUC. Es usted muy severo.

VEN. Soy justo y nada más, señora.

LUC. No se debe extremar nada de esa manera.

VEN. Esto, sí.

LUC. ¿De modo que para usted es tan criminal la mujer que voluntariamente lleva a su hijo al torno de la inclusa, como—pongo por ejemplo—la mujer a quien se engaña o de quien se abusa y cuya familia tratando de ocultar la deshonra, la obliga a separarse del ser al que dió la vida, arrancándolo de sus brazos, ocultándole su existencia?...

VEN. Esas son razones que busca la que no quiere cumplir con su deber.

LUC. En el caso que le he puesto, ¿qué pudo hacer la pobre mujer?-

VEN. Exigir que se la dijese la verdad, y si su hijo vivía echarse a buscarlo por encima de todo, hasta encontrarlo, hasta morir con él... La que no hace eso, no es madre ¡no merece serlo!

LUC. ¿Es decir, que para su criterio no hay excepción?

VEN. Ninguna.

LUC. Le juzgaba más piadoso.

VEN. En este momento tiene usté la culpa de que no lo sea.

LUC. ¿Yo?

VEN. A la vista de quien, como usté, consagra la vida al culto, no ya de su hijo, sino de su recuerdo, ¿cómo puedo sen-

tir piedad por ninguna madre que no sea como Dios manda?

LUC. Nadie es impecable. Supongamos, que una mujer viniera un día y le dijese a usted «tu verdadera madre soy yo, no la que te ha criado. Hasta hoy no he podido descubrirte el secreto, pero hoy ya puedo quererte libremente, y vengo por tí, para llevarte conmigo, para que vivamos juntos»..., ¿usted qué la contestaría?...

VEN. Le contestaría que yo no tenía ni quería tener otra madre que la que siempre había tenido; que no creía en lo que llaman el grito de la sangre. Que si ella no lo había oído para cumplir su deber hacia mí, ¿cómo quería que yo lo oyera para ser ingrato con quien sólo había tenido bondades y abnegaciones?... La verdadera madre no es la que nos lleva en sus entrañas, señora, sino la que nos quiere y nos consagra la vida .. Sería muy cómodo abandonar a los hijos mientras estorban, para recobrarlos cuando pueden ser útiles.., ¡Oh! ¡No!... Si yo me encontrase en el caso que usté señala, si una mujer se acercara a mí para decirme: «soy tu madre; deja esta casa y vente conmigo», no sólo no escucharía siquiera la proposición, sino que la echaría de mi

lado con indignación, casi con odio...

LUC. (¡Dios mío!)

VEN. Pero estamos locos, señora. ¿A quién se le ocurre hacer suposiciones semejantes?

LUC. (*Procurando serenarse.*) Dice bien. Es una locura... (*Fingiendo una naturalidad que está muy lejos de sentir.*) Hablemos de cosas más agradables. Yo le juro no descansar hasta conseguir que se case usted con Adela.

VEN. Y yo le juro quererla... como la hubiera querido su hijo.

LUC. ¿Es de veras? (*Medio abrazándole.*)

VEN. Por mi misma madre se lo juro.

LUC. (*Apretándole contra sí.*) ¡Ventura!...

ASIS. (*Que ha entrado por la derecha, primer término. Muy irónico.*) Siento turbar el idilio, pero tengo que decir a usted dos palabras.

LUC. ¿Eh?...

VEN. (*Secamente.*) Dígalas.

ASIS. Es una simple curiosidad. Desearía saber si por aquí, por estos campos, es costumbre que cualquier indocumentado tenga la audacia de poner los ojos en muchacha de alta posición, olvidando que aun hay clases en el mundo.

VEN. (*Conteniendose.*) ¿Es eso todo lo que viene a preguntar?

ASIS. Eso... y otra cosa.

VEN. Pues acabe sus preguntas y entonces le diré si me parece bien o no el contestarlas.

ASIS. La segunda de mis curiosidades es que me diga si entre los hábitos de los tenorios... rústicos, que desconozco por completo, figura el de arrancar a las mujeres, cuyas familias se oponen con razón a bodas desiguales, juramentos que las liguen a ellos para siempre...

VEN. Hombre va usté a quedá satisfecho en seguida. En estos campos hay hombres tan honrados, o tal vez más honrados que los que vienen de Madrid, que pueden poné los ojos en cualquié mujer, por alta que sea su posición; y estos tenorios rústicos, no exigen juramentos de ninguna clase a las mujeres, pero aceptan con satisfacción los que ellas espontáneamente les hacen, sobre todo cuando eso las defiende de los «don Juanes» que andan por ahí cazando dotes...

ASIS. (*Sonriente.*) Si piensa que tratando de ofenderme va a dejar liquidado este asunto ha echado mal la cuenta. Los insultos se reciben según de quien proceden; y yo no vengo a recibir lecciones de nada, ni siquiera de... fidelidad, de quien a la media hora de haber

roto con la mujer a quien juraba adorar, ya ha encontrado con quien sustituirla.

LUC. ¿Qué dice?...

VEN. ¡Explique usté lo que ha querido desí!

ASIS. No tengo porque explicar lo que he visto con mis propios ojos. ¿Negará usted que estaban arrullándose?...

VEN. ¡Sinvergüenza!... (*Va a lanzarse sobre él y Lucrecia le sujeta.*)

LUC. ¡No!

FEDE. (*Que ha entrado momentos antes, interponiéndose.*) ¡Quieto!

VEN. ¿Eh?

FEDE. A esa infamia sólo debo contestar yo, que soy el marido de esta mujer. Y la contesto así. (*Le da una bofetada. Procúrese en esto el mayor verismo y perdone el actor que haga de Asís. ¡Vaya un regalito!*)

ASIS. (*Furioso y si le dan de verdad, con razón.*) ¿Qué ha hecho usted? (*Ahora es Ventura el qué se interpone entre ambos.*)

FEDE. Nada de voces.

ASIS. Esta misma tarde tendrá usted noticias mías.

FEDE. Es lo que deseo. (*Se marcha Asis por la derecha al mismo tiempo que entra Fermina por la izquierda.*

LUC. (*Acercándose a Federico nerviosamente y*

bajando la voz.) ¡Federico!... Escúchame: yo te explicaré...

FEDE. (*Abrazándola.*) No tienes nada que decirme, Lucrecia, He oído cuanto ha dicho tu hijo.

LUC. (*Por Ventura, que habla a Fermina, acariciándola.*) ¡Míralo!

FEDE. Es el castigo de tu culpa... Te compadezco con todo mi corazón.

TELON

ACTO TERCERO

Hall de la casa de «Los Retamales». Riqueza y buen gusto tanto en el mobiliario como en la decoración.—A la derecha, primer término, una puerta y más hacia el fondo y en chaflán, la que sirve de entrada a la casa. En el foro derecha, una bonita ventana apaisada y en el foro izquierda otra habitación especie de gabinetito, con galería de cristales que se pierde en el lateral. A la izquierda, el arranque de una escalera y otra puerta.—Es de día.

(*Al levantarse el telón entran en escena por la puerta de entrada BENEDICTO, el mayordomo del primer acto y DAMIAN, campero andaluz, que está de criado en «Los Retamales». Benedicto viene de viaje y trae un pequeño maletín.*)

BENE. De modo que usted cree que el señor Conde ha salido ¿no?

DAM. Hombre, mire usté, amigo: yo juraría que lo he visto de salí, pero como a lo mejón cree uno una cosa y aluego no es lo que uno ha creió, que eso le habrá pasao a usté ciento de veses, pos voy a asomarme al iscritorio que es aonde él suele de escribir a estas ho-

ras y si no está en el iscritorio es que no está.

BENE. Claro.

DAM. Bueno, estamo hablando der señor Conde, de don Federico, no del amo d' acá. Porque el amo d' acá es don Patricio «Liñigue» y ese sí está arriba. Ese no baja hasta que acaba de hasé toa la digestión y como come... ¡Josú, mare de mi arma lo que come el amo!... Yo l' ayudo a Ulogio a serví a la mesa y que le diga asté Ulogio. ¡María Santísima!... Na más que de cocletas s' ha echao hoy en er plato nueve. Y cocletas de las de aquí. Porque mi madre, en casa, m' ha puesto a mí cocletas muchas veses; que a mí, aonde usté me ve, a mí, me gusta comé fino, na de bacalaos ni de papas guisás: a mí cocletas: pero las cocletas que hase mi madre son cocletas como Dios manda, vamo, una cosa asín como medio arfajó, que pué uno comerse nueve y es como no comé na; pero las cocletas que hasen aquí... ¡Josú!... Asín de grande... Como huevos de dos yemas... Pues de esas ¡nueve! Que no le cabían en er plato; como que al ve que no le cabían estuve yo por desirle «hombre, haga usted con las cocletas lo que disen que hizo Colón con er huevo y

póngalas usté de pié». Pero me aguanté y no se lo dije; porque aunque yo soy ocurrensioso y expansivo y aquí me quiere a mí to er mundo, no se lo dije. Yo, no digo más que lo que debo desí, que es como debe sé.

BENE. Pues dígame usted si está o no está el señor Conde en el escritorio.

DAM. Ahora mismito, sí señó. Una cosa no quita la otra. ¿Quién le digo que está, si está?

BENE. Dígale que está aquí Benedicto, su mayordomo.

DAM. ¡Zape!

BENE. ¿Eh?

DAM. ¡Mayordomo na menos!

BENE. Sí...

DAM. Eso debe e sé una cosa gorda ¿no?

BENE. ¡Pchs!...

DAM. Aquí no hay de eso. En los cortijos hay otras dirnidade: aperadó, casero, manijero, vaquero... Otras dirnidade. Mayordomo ¿qué quiere desí?

BENE. Pues lo que dice: el mayor de la casa.

DAM. ¡Zape!... ¡Ya es llegá!... Claro que pa llegá a eso habrá que sé to lo viejo que es usté...

BENE. *(Quemado.)* Bueno, o ve usted si está el señor Conde en el escritorio, o lo veo yo.

DAM. (*Ingenuo.*) Pero hombre ¿pa qué se va

usté a molestá, si a mí el asercarme y verlo no me cuesta trabajo ninguno? Además que usté no sabe cuál es el iscritorio. ¿A que no sabe usté cual es el iscritorio?

BENE. (*Quemadísimo.*) ¡Claro que no lo sé, hombre de Dios!

DAM. ¿Estaste viendo, so fuguilla... ¡Qué es usté un fuguilla!... (*Indicando la primera puerta de la derecha.*) Esa puerta de ahí es. La que tiene usté más serca. Lo de siempre: tiene uno las cosas ar lao y...

BENE. Bueno: haga usted el favor, hombre.

DAM. Sin favó. (*Se acerca a la puerta indicada y toca en ella con los nudillos.*) ¿Se puede?... ¿Se puede, señor Conde?... (*A Benedicto.*) A lo mejó está dormido y hay que dispertarlo pa que conteste si se puede o no. (*Entreabre la puerta y asoma la cabeza.*) ¿Se puede?... (*Abriendo del todo y asomándose.*) La armófera.

BENE. ¿No está?

DAM. ¿No le estoy disiendo asté que la armófera? Andará por el campo. Esta suele sé su hora de paseá. Aguardusté una mijita.

BENE. ¡Qué remedio! (*Sentándose.*) Menos mal que cuando anda por ahí es señal de que está bien de salud ¿no?

DAM. Como los ángeles está. La señora Condesa es la que ha tenío un arrechuchi-

llo. Unas calenturillas... Na; custión de seis días. Ya está superió.

BENE. A Madrid llegaron noticias alarmantes...

DAM. Dexageraciones. Fué que se disgustó con lo der desafío der Conde...

BENE. De eso también se han ocupado los periódicos... ¿Qué fué?... ¿Usted sabe?

DAM. ¿Cómo si sé?... Llevé yo los sables en er pescante der coche, no le digo asté más.

BENE. Bueno, pero ¿por que fué el duelo?, pregunto yo.

DAM. ¡Ah! Por ná. Pamplinas de ná. Que la Condesa, delante e la gente le dió un achuchoncillo a uno...

BENE. ¡Atiza!

DAM. ¡Na!... Ahí a la vera fué la cosa. En el cortijo del Husa, que le disen. Y uno que estaba allí y que estaba aquí...

BENE. ¿En qué quedamos?

DAM. Señó, uno que estaba aquí de güéspede, pero que estaba allí cuando la cosa, un tar don Así, fué y le dijo a ella de mala manera... «Hombre, señora, eso no se hase».—Y entonse er Conde que también estaba allí le dijo a él.—«Oiga usté amigo que eso es cosa mía» y le arreó un guantaso ar don Así que le puso la jeta así, Dos horas estuvo hasiendo buchás.

BENE. ¡Jesús!

DAM. Mediaron los del cortijo d'allá, a la señora que se puso mala se la trajieron aquí los amos, quieras que no, y ar día siguiente, er desafío. Yo lo vide. Mu serio tó y mu bien arreglao tó: usté aquí y usté aquí y ca uno se quedada en su sitio sin desí esta boca es mía. Que yo no hasía más que pensá: güeno, a mí con una gofetá en el cuerpo me dan un sable y por sí o por no, me lío a sablasos con padrinos y con testigos y con tó er mundo y me quedo sólo. Pero ellos, serios y estiraos...

BENE. Y qué, el Conde... (*Acción de pegar.*)

DAM. Calle usté hombre; el Conde le metió un sablaso a don Así, por semejante sitio, (*lado derecho de la cara*) que un... conósculo que se pone él en este ojo, se lo va a tené que poné en el otro, porque con la sicatrí que le va a quedá no le va a agarrá er cristalito, ni con masilla. ¡Chavó qué sablaso!... Entre cuatro se lo han llevao a Madrí. Por cierto que él se ha aprovechao de que iba herío pa no da propina. Porque aquí tos los güespedes que han venío a lo der tentaero han dao propina; pero él, ar salí, iba quejándose pa que nos diera lástima y le dispensáramo. ¡Valiente tío güeso! Claro, él pensaría: «bastante sablaso m'han dao ya».

BENE. Sí...

DAM. Su amo d'usté, er señor Conde, debe sé de los que tiran de cartera y... (*Acción de dar billetes.*) ahí va eso ¿no? Claro, hombre: lo que debe sé. Es mu caballero. Y ella es mu señora. Yo no le echo en cara lo del achuchón. A lo mejón tuvo un pronto y no lo pudo remediá; que es lo que me pasó a mí el año pasao con Micaelilla la de Sarvadó; que me la encontré ahí en er llano mu enseñaora y me dió un pronto y le largué un beso sonao, que como sonaría que salieron los toros a tó meté porque creyeron que lo que había sonao era la honda. Claro, asín me dió luego Sarvadó la palisa que me dió, que me lisió.

BENE. Claro.

DAM. Aquí a sus amos d' usté le bailan el agua y le dan la coba los míos pa que no sigan un pleito que se traen. Uno se entera de tó. Los oye uno hablá y... naturarmente. Además que yo estoy si me arreglo o no m' arreglo con Verónica, la donsella que s' ha traío de Madrí la Condesa. Porque yo estaba aquí a pique de caé con Rufina Lope, una que está sirviendo ahí ar lao y que me viene pretendiendo desde hase unos cuantos meses, pero esta Verónica

m' ha dejao parao. Lo bien que habla, lo bien que güele y lo bien... que está. Porque está superió. Menuíta, pero cuajá. Si yo le contara a usté...

BENE. (*Que ya está loco*). Cuénteme usted lo que quiera que ya soy suyo.

DAM. ¿Cómo?

BENE. Que me entrego. Me ha mareado usted. Empiezan a darme vueltas los muebles.

DAM. (*Dándole un cariñoso manotón*). ¡Pirondo!

BENE. (*Asombrado*). ¿Eh?...

DAM. Que es usté un pirondo muy grande.

BENE. ¡¡Pero, oiga usted!!...

DAM. (*Mirando hacia la puerta de entrada e imponiéndole silencio*). ¡Chist!... Más respeto que está aquí el señor Conde.

FEDE. (*Entrando en escena*). Acaban de decirme que ha venido usted. ¿Qué es eso?...

BENE. Como el señor Conde no escribía y llegó hasta nosotros la noticia de que el señor estaba enfermo y que la señora se había batido...

DAM. (*Riendo*). ¡Ja, ja! Qué tío más grasioso.

BENE. Al revés, que la señora se había batido y que el señor estaba enfermo...

DAM. (*Como antes*). Tiene aje.

BENE. No me haga caso el señor Conde, pero es que este hombre me ha estado diciendo una de cosas que estoy como borracho.

FEDE. Es de lo más mareante que he conoci-

do. (*Le hace una señal para que se vaya*).

DAM. ¿No desea ninguna cosa el señor Conde?

FEDE. Nada, muchas gracias.

DAM. Las que tiene el señor Conde. (*Se va por la puerta de entrada diciendo muy ufano*) ¡Aprende finuras, mayordomo!... (*Váse*).

FEDE. (*Por Damián*) ¡Es un tipo!...

BENE. Ya sé que la señora Condesa está bien gracias a Dios.

FEDE. Sí. Creo que regresaremos a Madrid muy pronto. ¿Ocurre algo nuevo por allá?

BENE. Sí señor y esa es una de las cosas que me traen...

FEDE. Hable, diga, ¿qué pasa?

BENE. Que el señor Conde dió demasiadas atribuciones al señor Gilíperez, o Gil y Pérez que es su nombre verdadero, como dije al señor Conde, cuando le comuniqué la clase de punto que era mi amigo...

FEDE. Sí; muy gracioso.

BENE. Muy gracioso, pero lo que está haciendo creo que no le va a hacer gracia ninguna al señor Conde.

FEDE. ¿Eh? ¿Pues qué hace, Benedicto?

BENE. Como el señor Conde le dijo que primero colocara los muebles a su gusto y que luego puliera los que estimara conveniente, él asegura que usted le

dijo pulir en el sentido de enagenar y cada día se lleva algo de casa para... pulirlo.

FEDE. ¡Caramba!

BENE. La mesa de billar del señor Conde la ha vendido a un casino que tienen en Carabanchel los matarifes, que excuso decir al señor Conde el trato que le van a dar.

FEDE. ¡Qué desahogo!

BENE. Yo creo que si el señor Conde no avisa pronto a la policía ese sinvergüenza le pule al señor Conde hasta el aliento.

FEDE. Ahora mismo. Le daré a usted unas letras para que se traslade en el acto a Sevilla, hable con el Gobernador que es amigo mío y éste telefonée a Madrid, a la Dirección de Seguridad. Venga usted.

BENE. Si señor. (*Mutis por la puerta del escritorio al mismo tiempo que entra en escena por la escalera de la izquierda Mariquilla Moscoso, una palurdilla de pañalillo de talle, flores en el pelo y falda que le llega hasta los mismos talones. Trae unas postales en la mano.*)

MARI. (*Llamando*).) Damián... ¡Damián!

DAM. (*Entrando*). ¿Qué pasa con tanto Damián?

MARI. De parte de la señita Adela que vayas en un sarto a Lebrija y eches en er correo estas postales.

DAM. ¿Yo?

MARI. Tú.

DAM. ¿Pero ha dicho ella que yo?

MARI. Y dale, permaso, que tú. Toma. (*Le da las tarjetas*).

DAM. ¡Mardita sea!... Como si yo no tuviera otra cosa que hasé.

MARI. ¿Y qué otra cosa tienes tú que hasé, arma mía: hablá con la avispa.?

DAM. ¿Eh?

MARI. Si hombre, con la avispa, porque eso no es una mujé: es una avispa.

DAM. Envidia y na más que envidia.

MARI. ¡Parese mentira y como seis los hombres de primos! En cuanti una mujé se propone una cosa lo consigue. Llega una fresca enseñando cosas pa encandilá y tos encandilaos. ¡Primos! Yo podía sé hombre y a la que se propusiera enseñarme cosas, yo, sin mirá y si había en un sitio dos mujeres una con tó al aire y otra con tó tapao, yo, con la de tó tapao.

DAM. Eso quisieras tú.

MARI. ¿Yo? (*Asqueada.*) Quita, hijo, quita... ¡Al istante! ¡Uf!...

RUF. (*Por la puerta de entrada.*) Buenas tardes, Mariquilla.

MARI. Hola, mujé.

DAM. (La que me faltaba.) Buenas tardes.

RUF. A tí no te he saludao yo.

DAM. Ni farta que me hace.

RUF. ¡Bueno!

DAM. ¡Mejón!

MARI. ¿Qué te trae?

RUF. Una rasón de mi ama para la señora Condesa. ¿Está?

MARI. Creo que está echá.

RUF. Entonces llama a la avispa.

DAM. ¿También tú? Si la envidia fuera tiña...

RUF. ¿Envidia yo? ¿De qué si yo vargo más que ella?

DAM. ¡Jajay!

RUF. Que no tuviera yo vergüenza y ya verías tú.

DAM. ¡Jajay!...

RUF. (*En un arranque.*) Hombre y teniéndola y tó lo vas a ve. Dame un pedaso de trapo y una cinta por tu salu, Mariquilla.

MARI. ¿Qué va a hacé Rúfina?

RUF. Que vea este saborío la diferiensia que hay entre una avispa y una persona.

DAM. Yo no voy perdiendo na con esto.

MARI. Espera: Aqui en er costurero habrá de tó. (*Toma de un costurero que habrá en el foro una cinta y un trozo ds tela blanca.*) Toma. (*Se lo da.*)

RUF. (*Que entre tanto se habrá descotado un poco ante un espejo.*) Después de tó lo que yo ví a hasé es lo que hasen mucha señoritas desente, que pa que los

hombras las miren tienen que vestí como las que no lo son. ¡Ea!... (*Se pone muy graciosamente el trozo de tela blanco a guisa de cofia.*) ¡Como la avispa! (*Con la cinta se sujeta la falda hasta dejarse más de media pierna al aire.*) ¡Como la avispa!

DAM. *Encandilado y con razón, porque Rufina estará guapísima y de lo más sugestiva.*) ¡Chavó!...)

RUF. (*A Mariquilla.*) Llámala.

MARI. Espera. (*Desaparece por el foro izquierda.*

RUF. (*Pavoneándose y pronunciando muchísimo las eses.*) Eso es... Toass tenemosss cosasss... Solo que hay quien ademá de tenesss cosass... tiene vergüensas... Eso esss...

VER. (*Seguida de Mariquilla, por el foro izquierda.*) ¿Quién? (*Al ver a Rufina.*) ¡Santo Dios!...

RUF. Santo Diosss... santo fuertesss, santo inmortasss, libranos Señó de las avispasss y de to mass... (*Ríe Mariquilla.*)

VER. (*Cólerica.*) ¿Qué desea usted?

RUF. Diga a la señora Condesa de parte de mi señora, que mi señoras vendrá a verla dentro de un ratoss con mucho gustoss...

VER. Está muy bien.

RUF. Mi buenasss tardess... (*Inicia el mutis con pasitos muy cortos y muy taconea-*

dos y cadereados. Mariquita Moscoso ríe a carcajadas.)

VER. ¿Eh?...

DAM. (*Por Rufina.*) (¡La gresia der mundo!)

RUF. (*En la entrada haciendo muchos remilgos y muchísimos aspavientos.*) ¡Uña araña!... ¡Dios míosss!... ¡Jesússs!... ¡Aysss!... (*Vase.*)

DAM. (¡M'ha matao!) (*Inicia el mutis trás ella.*)

VER. ¡Damián!

DAM. Ahora güervo. Es que ví a echá estas postales de la señorita. (*Haciendo mutis.* (Bendita sea la mare que la echó al mundo en Lebrija...) (*Mutis.*)

VER. (*Perpleja.*) ¿Pero?

MARI. Na hija, que por lo que se ve er toque no está solo en enseñá sino en tené... y toas tenemosss... (*Mutís por la escalera remangándose mucho.*)

VER. ¡Imbéciles!... (*Vase por el foro izquierda.*)

FEDE. (*Saliendo con Benedicto del escritorio.*) Puede usted estar en Sevilla dentro de una hora.

BENE. Si señor.

FEDE. Y desde luego no hay que decir a la señora nada de esto. Sería disgustarla. Yo procuraré que regresemos a Madrid cuanto antes.

BENE. Perfectamente. ¿No me manda nada más el señor Conde?

FEDE. Nada más, muchas gracias.

BENE. Pues hasta nueva vista.

FEDE. Adiós, Benedicto: buen viaje.

BENE. Muchísimas gracias, señor Conde (*Vase por la puerta de entrada.*)

FEDE. ¡Caramba con Gilíperez!... (*Se oye hablar a Lucrecia dentro.*) ¿Eh?... (*A Lucrecia que entra en escena por el foro izquierda.*) Hola... Qué: ¿cómo te encuentras?

LUC. Muy bien. Ya te dicho que estoy repuesta del todo.

FEDE. Entonces...

LUC. ¿Qué?

FEDE. ¿Te parecería un disparate que nos marchásemos hoy mismo?

LUC. Disparate, nunca. Mi permanencia aquí ya no tiene objeto.

FEDE. Hasta ahora ha sido conveniente prolongarla. La historia de mi dichoso lance ha hecho mucho ruido en Madrid y era bueno dejar pasar varios días para que se olvidara antes de nuestra vuelta...

LUC. ¡Cuánto te debo, Federico! ¡Pensar que expusiste la vida!...

FEDE. ¡Bah! Ya pasó... ¿Crees que podía dejar sin castigo la insolencia de aquel estúpido?...

LUC. No sabes lo que me apesadumbra el que algunos piensen...

FEDE. Tranquilízate. Ese rum rum calumnio-

so que corre, al que nadie que te conozca puede dar crédito, se disipará pronto y...

LUC. Por tí, más que por mí me mortifica...

FEDE. No pienses en eso y hablemos de lo que verdaderamente nos interesa. ¿Tienes ya resuelto lo que vas a hacer?

LUC. A reserva de que tú lo apruebes.

FEDE. Bien sabes que con mi aprobación puedes contar siempre; pero si hemos de marcharnos esta misma tarde, ¿tendrás tiempo de aquí a entonces?...

LUC. Con ver un instante a Fermina, a quien espero, y con que hable un momento con Teodora y Patricio, me basta.

FEDE. Está bien. En ese caso ya puedo dirigirte una pregunta que hasta ahora he puesto buen cuidado en no hacerte, para que no creyeras que trataba de influir en tu resolución. ¿Qué has decidido?

LUC. Atenerme al propósito que me trajo aquí.

FEDE. Es decir, que has pensado ya la manera de descubrir a Ventura el secreto; que has estudiado la forma de poder llevarle antes o después a tu lado, sin que la murmuración encuentre un pretexto para...

LUC. No, Federico; no es ese el propósito que me trajo... o por lo menos no de-

bió serlo. El choque con la realidad me ha hecho abrir los ojos y ya no sueño con dichas imposibles de conseguir.

FEDE. ¿Qué quieres decirme?

LUC. Que no he venido a buscar a mi hijo con la intención de ser yo dichosa disfrutando de su cariño. Si ese hubiera sido mi objeto no sería más que una egoísta, que perseguía mi propio bien, no el suyo. Es su felicidad la que vengo buscando, porque ese es mi deber de madre y como su felicidad consiste en ignorar que me debe la vida, estoy resuelta a que lo ignore siempre.

FEDE. ¿Es posible?

LUC. Tú oíste nuestra conversación aquella tarde; tú sabes lo que piensa de las madres que abandonan a sus hijos. Si averiguara que yo he sido una de ellas y él la víctima de mi abandono, me aborrecería por mucho que tratara de probarle que mi falta no merecía ser juzgada con dureza. El llamarme madre le quemaría los labios porque me daría ese nombre pensando en la otra, en la que es para él el compendio de todas las virtudes... Y aun ésta también perdería a sus ojos, cuando descubriera que le había mentido haciéndole creer que llevaba su sangre... De suerte que

el revelarle la verdad sólo serviría para arrancarle del alma un cariño que necesita para ser feliz, sin lograr sustituirlo por otro que sabemos que le repugna... No. La madre que tiene es la única que debe tener. A mí me bastará para consolarme con la dulzura que me producirá el sacrificio que hago en aras de su cariño.

FEDE. Tienes muy buen corazón, Lucrecia; pero ¿no será demasiado cruel ese sacrificio?... ¡Renunciar a lo que tanto deseabas!...

LUC. Aspiro solamente al placer que produce poder decir a todas horas: «mi hijo es feliz y soy yo, yo, quien le ha dado la felicidad».

FEDE. ¿Qué es lo que intentas?

LUC. Déjame ocultártelo hasta que el proyecto se haya convertido en realidad.

FEDE. No quiero quebrantar tu secreto aunque te aseguro que ardo en deseos de saber.

LUC. Hoy mismo lo sabrás... Avisa el auto y dispón nuestro viaje para dentro de un rato.

FEDE. ¿Tanta prisa tienes?

LUC. Más de la que te figuras.

FEDE. ¿Por qué?

LUC. Porque puede haber riesgo en la tardanza; porque puedo encontrar de

nuevo a Ventura, y hay que evitar el peligro... Mi resolución está tomada, pero si le viera de nuevo ante mis ojos, podría flaquear la voluntad, podrían faltarme fuerzas para el sacrificio...

ADELA (*Entrando en escena por la escalera de la izquierda.*) Tía, Lucrecia... (*Viendo a Federico.*) Perdón; creí que estaba usted sola.

FEDE. Como si lo estuviera, porque yo iba a marcharme en este instante.

ADELA (*Algo turbada.*) Pues si no la molesto desearía decirle dos palabras...

LUC. Con mucho gusto.

FEDE. Y yo os dejo para que habléis con más libertad.

LUC. No olvides disponer la marcha para dentro de un rato.

FEDE. Todo se hará a tu gusto. Descuida. (*Mutis por la puerta de la izquierda.*)

ADELA ¿Cómo? ¿Se marcha usted hoy?

LUC. Tan pronto como reciba una visita que no puede tardar, y hable con tus padres un segundo. ¿Te parece que he abusado poco de vuestra hospitalidad? Llevo aquí no sé cuántos días y algunos de ellos enferma, que un huésped enfermo es doblemente incómodo...

ADELA No diga eso. Demasiado sabe el gusto con que la vemos todos a nuestro lado. Lo único que hay que lamentar es el

susto que nos dió con aquella fiebre tan alta...

LUC. La impresión que me produjo el duelo de Federico pudo costarme la vida... Pero no hablemos ya de lo pasado, y cuéntame qué es lo que vienes a decirme.

ADELA (*Turbada.*) Pues verá usted, tía Lucrecia... Se trata de algo, de algo que...

LUC. ¿Por qué te detienes? ¿Te causo miedo, quizás?

ADELA Sí, señora: no se lo oculto: tengo miedo...

LUC. ¿De mí?

ADELA De usted... o de mí misma: no sé de quién; pero tengo miedo.

LUC. ¡Jesús, qué cosa más extraña!... Habla pronto.

ADELA Eso es precisamente lo que me aterra: tener que hablar... No sé cómo hacerlo.

LUC. ¿Es que no te inspiro confianza?

ADELA Me la inspira muy grande: se lo aseguro. Yo siempre la he creído buena; muy buena... Porque tengo de usted esa opinión es por lo que temo ofenderla.

LUC. ¿Ofenderme?... Vamos, hija; sácame de una vez de esta ansiedad; aclárame el misterio.

ADELA ¿Me promete no enojarse conmigo?

LUC. No me explico por qué temes mi enojo.

ADELA Porque puede creer que mi intención es mortificarla, y no hay nada más lejos de mi ánimo; se lo juro. Yo la tengo y la he tenido siempre, lo repito, por una mujer ejemplar, pero ya me es imposible seguir viviendo de este modo, torturada por una duda cruel, herida en mi confianza y en mi cariño...

LUC. (*Adivinando.*) ¡Ah! ¿Es que sospechas?...

ADELA No sospecho nada... Me parecería un crimen sospechar... Pero me hace padecer horriblemente ese rumor que corre por todas partes; sobre todo, desde que sé que no es una calumnia inventada por Asís...

LUC. ¿Quién te lo ha dicho?

ADELA El mismo Ventura.

LUC ¿El?...

ADELA Sí; pero su explicación no me ha satisfecho, no puede satisfacerme. Si era aquella la primera vez que se veían; si usted, como sabemos todos, no tuvo hijos jamás, ¿cómo pudo decirle y cómo pudo llegar a...?

LUC. (*Con viveza.*) Calla, Adela, calla, que no sabes hasta qué punto es monstruoso lo que estás pensando...

ADELA Eso quiero; que me diga que la culpable soy yo al recelar... pero que no se limite a decirlo, sino que lo pruebe.

LUC. ¿De modo que no te basta conque los

dos te aseguramos nuestra inocencia? (*Adela calla y baja los ojos. Pausa.*) Contesta.

ADELA No.

LUC. (*Acercándose a ella y cogiéndola una mano.*) ¿Quiere mucho a Ventura?

ADELA Con todo mi corazón.

LUC. ¿Y serías muy desgraciada si dudases de él?

ADELA Mientras viviera.

LUC. (*Con resolución.*) Pues no lo serás: te lo aseguro. Pero prométeme que lo que vas a oir de mis labios no saldrá nunca a los tuyos.

ADELA Prometido.

LUC. Júralo por la vida de tus padres, por la de él, por tu propia vida.

ADELA Se lo juro.

LUC. Entonces... sábelo. El abrazo que dí a Ventura, el beso que no le dí aunque me lo pedía a gritos el corazón, hubiera podido dárselo delante de tí, y aun delante de Dios, porque no hay nada tan santo como las caricias de una madre.

ADELA (*Asombrada.*) ¿Eh?... ¡¡Dios mío!!... ¿Usted?...

LUC. Sí, Adela, sí; Ventura es mi hijo y yo quiero que tú lo seas también, porque a hacerle feliz he venido, y como para él la felicidad está en tu cariño, os uniré para siempre.

ADELA ¡Señora!

LUC. Sé que tus padres se oponen a vuestras relaciones, pero yo sabré vencer su resistencia.

ADELA ¿Está usted segura?

LUC. Dentro de muy poco estaré ya lejos de aquí y cuento con no irme sin verte plenamente venturosa. Confía en mí.

ADELA ¡Dios mío! ¿Cómo podré pagarle?...

LUC. ¿Quieres darme una prueba de cariño; la que más te agradecería?

ADELA ¿No he de querer?

LUC. Pues mira... Cuando hayas realizado tu deseo, cuando seas la mujer de mi hijo, acostúmbrale a que rece contigo todas las noches, pidiendo a Dios por su madre... El pensará que lo hace por la otra, pero Dios y yo sabremos que es por mí por quien reza...

ADELA (*Al ver a Damián en la puerta de entrada.*) Cuidado... (*A Damián.*) ¿Qué quieres?

DAM. ¿Yo?... Na; señorita: ¿qué vi yo a queré?

ADELA ¿A qué vienes entonces?

DAM. A desirle aqui, a la señora Condesa, que el ama del cortijo de ahí a la vera, la viuda del Húsa, que le disen, pregunta por ella.

LUC. Que pase.

DAM. Está muy bien. Ví a avisarla, que s' ha quedao sentá a la vera der poso que

está aquello mi fresco. Ha venío andando y con la caló que hase ha llegao una mijita sofocá. Como que yo pa que s' abanicara le dí...

ADELA Anda, anda...

DAM. Si señora. Y en seguiíta me llegaré a echá las tarjetas ar correo. No las tengo aquí; se las he prestao a Gomersindo, er mayorá que le gusta de leé lo que usted escribe. No he dío yá a echarlas porque m' ha pasao una cosa con Rufinilla la de ahí ar lao que... ¡bueno! Ha estao zembrá. Verá usted...

ADELA ¡Pero, Damián! ¿No has oído, que le digas a esa señora que pase?

DAM. Sí señora, voy corriendo. (*Haciendo mutis.*) (¡Chavó! No pué uno ni hablá!...) (*Vase.*)

ADELA (*A Lucrecia.*) ¿Esa era la visita que esperaba?...

LUC. Sí, y puesto que ha llegado ve a llamar de mi parte a tus padres y a mi marido: diles que les aguardo a los tres. Quiera Dios que triunfemos, Adela.

ADELA ¡Y yo he dudado de usted!... Perdón, tía Lucrecia.

LUC. Déjate de perdones y haz lo que te digo. (*Se va Adela por la puerta de la izquierda, al mismo tiempo que Lucrecia se dirige a la puerta de entrada para salir al encuentro de FERMINA que llega.*) Adelante, Fermina.

FER. (*Entrando.*) Gracias a Dios que consigo verla, señora. Como ha estado usted mala no me he atrevido a venir; pero ya es necesario que yo sepa lo que usté ha resuelto...

LUC. Poco va a tardar en saberlo.

FER. Eso es lo que quiero, señora: salí de esta incertidumbre, aunque la solución sea quedarme sin mi hijo, a quien no sé ya que decirle pa calma sus sospechas.

LUC. (*Temorosa.*) ¿Cómo? ¿Ha adivinado quizás?...

FER. Eso no; pero ve que algo raro sucede; comprende que yo le oculto algo... Averiguó no sé por quien, que usté me había mandado llamá, y no he podido impedir que venga acompañándome.

LUC. (*Aterrada.*) ¿Está aquí?

FER. En el armijá ha quedao esperando. ¿Quiere usted que lo llame?

LUC. (*Vivamente.*) ¡No!... ¡No!... ¡Todo menos eso!... ¡Todo menos volver a tenerle ante mis ojos.

FER. (*Sorprendida.*) ¿No quiere usté verlo? Entonces ¿qué es lo que usté quiere?

LUC. (*Viendo que entran en escena, por la izquierda, Teodora, Patricio, Adela y Federico.*) Ya están aquí los que espero. En este instante va a salir de dudas. (*Fermina se retira al foro, un poco en-*

cogida y a disgusto de encontrarse con los que llegan, a quienes saluda con una inclinación de cabeza.)

TEO. Adela ha ido a decirnos que quería hablarnos...

PATRI. En el momento en que tu marido nos anunciaba que os marchábais ahora mismo.

TEO. Eso no puede ser, Lucrecia: nos oponemos.

PATRI. ¿Tan mal os va a nuestro lado?

LUC. ¡Por Dios!... Bien sabéis que no; pero Federico tiene asuntos pendientes en Madrid y yo también...

PATRI. El consabido pretexto... Asuntos graves.

LUC. No lo tomes a broma, porque tal vez lo sean, aunque no tanto como uno que quiero dejar resuelto con vosotros antes de irme.

TEO. ¿Con nosotros?

LUC. Para eso os he llamado, a la vez que a esta señora... (*Por Fermina*) que debe estar presente a la entrevista.

PATRI. (*Alarmado.*) ¿Pero?

LUC. Suspended todo juicio hasta que termine. Creo que no dudaréis de la sinceridad del efecto que os he tenido siempre, sobre todo a vuestra hija, mi sobrina predilecta, como todos sabéis. El litigio que sostenemos sobre el títu-

lo de mi padre, indica sólo una apreciación distinta sobre nuestro derecho, pero no merma en nada nuestro cariño... ¿Estáis conformes?

PATRI. Desde luego.

TEO. ¡Qué duda cabe!... ¿Pero a qué viene hablar de esto ahora?

LUC. A que no debo pasar adelante sin tener la certeza de que vosotros no podéis sospechar nunca que yo, al proponeros algo que se relacione estrechamente con vuestros sentimientos, más hondos, soy capaz de inspirarme en nada que sea contrario a vuestro interés...

PATRI. ¿Cómo hemos de abrigar idea semejante?

LUC. Siendo así, ya no vacilo en haceros sin rodeos una petición, puesto que accedáis a ella o no, tendréis siempre que reconocer que no me mueve al hacérosla otra intención que la de conseguir la felicidad de Adela...

TEO. No comprendo qué quieres decir...

LUC. Que en nombre de esta señora y haciendo mío el ruego, os pido oficialmente la mano de Adela para su hijo Ventura. (*Pausa. Patricio y Teodora manifiestan sorpresa y disgusto. Adela y Fermina, ansiedad.*)

PATRI. ¡Lucrecia!

TEO. Por Dios: tú no has pensado bien...

PATRI. A tu experiencia del mundo no puede ocultársele que un asunto de esta naturaleza no es para planteado, así, de repente...

LUC. Lo que no se le oculta a mi experiencia, querido Patricio, es que hay muchas manera de decir que no a lo que se nos pide, y que una de ellas—la más cortés sin duda—es la de tratar de eludir la cuestión... Pero esta vez—perdóname la franqueza—no va a darte buen resultado el procedimiento. Esperaba la negativa y vengo decidada a rebelarme contra ella.

PATRI. Yo te suplico que no insistas...

TEO. El momento no puede ser menos oportuno. Delante de Adela...

LUC. Precisamente por estar Adela delante debo insistir más. La he ofrecido hacer cuanto esté en mi mano para que logre sus deseos y quiero que vea que cumplo lo que la ofrecí.

TEO. Tú misma acabas de decir que esperabas nuestra negativa: no nos obligues a entrar en consideraciones que serían desagradables para todos...

LUC. Ya hubiera cesado en mi empeño si hubiese venido únicamente a probaros lo injusto de vuestra obstinación; pero no vengo a discutir; vengo..., dentro de lo posible a obligaros.

TEO. ¿A obligarnos?

LUC. Sí, porque vosotros no tenéis derecho a causar un gran perjuicio a vuestra hija.

PATRI. ¿Cómo un perjuicio?

TEO. ¿Qué quieres dar a entender? Habla claro.

LUC. Que el pleito que sostenemos queda terminado en este instante. Yo os cedo mi derecho al título que pretendéis..., es decir, se lo cedo a vuestra hija, a condición de que la dejéis casar con el hombre que ella quiere.

TEO. ¿Es posible?

LUC. Y no es eso solamente. Mi padre dejó una gran fortuna, que íntegra, pasará en su día a vuestra hija si esa boda se lleva a efecto.

ADELA. (*Emocionada.*) ¡Tía Lucrecia!

FER. (*Idem.*) ¡Señora!

TEO. ¿Pero es posible?...

PATRI. (*Dudando.*) ¿Federico consiente?...

FEDE. Lo que dice Lucrecia está dicho por mí.

LUC. ¡Gracias, Federico!

TEO. ¡Quién hubiera podido sospechar generosidad semejante!...

LUC. Accedéis ¿verdad?

PATRI. No sé qué decir... Estoy aún sobrecogido por la sorpresa.

TEO. Yo lo mismo. No puedo ni hablar.

FEDE. Mira Adelita, allí está tu novio. Ve a

buscarle, tus padres le recibirán con mucho gusto.

ADELA. Sí. voy... (*Besando a Lucrecia conmovidísima*) ¡Gracias, tía Lucrecia!... ¿Qué haría yo para demostrarle mi gratitud?

LUC. Con tu alegría y con tu cariño estoy suficientemente pagada... (*Váse Adela por la puerta de entrada.*)

TEO. No vuelvo de mi asombro.

PATRI. Eres una criatura excepcional.

TEO. Y a tí también Federico; a tí también tenemos que agradecerte...

FEDE. A mí. Nada, Lucrecia ha dispuesto de lo que le pertenece.

PATRI. Pero si tú no lo hubieras consentido... (*Hablan en un extremo de la escena Federico, Patricio y Teodora.*)

FER. (*A Lucrecia; que la conduce al extremo opuesto.*) No sé, señora, cómo demostrarle mi agradecimiento por haber hecho feliz a Ventura. ¿Piensa usté descubrirle ahora?...

LUC. Ahora menos que nunca. Voy a partir en este mismo instante para no volver jamás. En usted tiene Ventura la madre que quiere y que desea. No amargaré yo su vida, haciéndole saber que la debe a quien le abandonó. El no perdona esa culpa. Guarde a «nuestro» hijo para usted sola... Pero... ¡quiérale por las dos!

ADELA (*Entrando en escena con Ventura.*) No quiere creerlo.

VEN. (*A Fermina.*) Es que me parece demasiado.

FER. Pues créelo y agradécelo a esta señora...

LUC. (*Sacando fuerzas de flaqueza y procurando sonreir.*) Ya ve usted que cumplo lo que prometo...

VEN. (*Besándole una mano.*) ¡Señora!...

VER. (*Por el foro, en traje de viaje, y trayendo el sombrero y el abrigo de Lucrecia.*) Está el auto, señora.

LUC. Pues vamos enseguida. (*Se pone el sombrero y el abrigo ayudada por Verónica.*)

VER. (*A Damián que entra en escena.*) Mentira va a parecerme no oler más piára.

FEDE. (*Tomando su sombrero.*) ¿Está todo en el coche?

VER. Sí, señor.

LUC. (*A Fermina, despidiéndose de ella muy conmovida.*) Adiós...

FER. (*Idem.*) Adiós...

LUC. (*Besando a Adela.*) Adiós hija mía.

ADELA Nunca olvidaré lo buena que ha sido usted para con nosotros.

LUC. ¡Bah!

ADELA (*Conmovida.*) Ventura, abraza a nuestra bienhechora. A ella vamos a deber nuestra felicidad.

LUC. (*Temblorosa.*) ¡Por Dios!

ADELA (*Acercándolos.*) Puede usted besarle como a mí. Ahora no habrá quien la calumnie.

VEN. (*Abrazando a Lucrecia.*) Gracias, señora.

LUC. (*Besándole.*) Adiós... (*Apoyándose en Adela para hacer mutis.*) (¡Gracias, hija mía!) (*Inician todos el mutis por la derecha.*)

FEDE No retrasemos la marcha. Nos conviene hacer noche en Córdoba y hay que llegar a hora conveniente.

PATRI. Desde luego. Un coche fuerte como el vuestro... (*Se van todos menos Fermina y Ventura.*)

FER. (*Sujetando a Ventura ya en la misma puerta.*) Tú no, Ventura.

VEN. (*Sorprendido.*) ¿Yo no?

FER. Sería una crueldad que la obligases a despedirse de tí otra vez.

VEN. ¿Eh?...

FER. Bendice el nombre de esa mujer, pero respeta su marido.

VEN. (*Comprendiendo.*) ¿Eh? ¿Qué quieres decirme, madre? ¿Qué quieres darme a entender? (*Abrazándose a ella y romdiendo a llorar.*) ¡Madre mía! ¡Madre mía!

DAM. (*Entrando en escena por la puerta de derecha último término, muy contento*

con un billete en la mano.) ¡Olé los tíos dando propinas; un billete me ha dao. ¡Si no me lo taladran!

TELÓN

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
El contrabando, sainete. (Duodécima edición.)
De balcón a balcón, entremés en prosa. (Tercera edición).
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Séptima edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Celos, entremés en prosa. (Tercera edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervos y Carbonell.
A primera fila, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir a tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un sólo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.

Tentaruja y compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
¡Por peteneras! sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa. (Tercera edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico, con música del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos. (Segunda edición.)
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La niña de los planchas, entremés lírico. (Segunda edición.)
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja,
Naide es ná, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de la Jarosa, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto. (Segunda edición,)
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)

El último Bravo, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición).
Hugo de Montreux, melodrama en cuatro actos.
El marido de la Engracia, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
La traición, melodrama en tres actos.
Los cuatro Robinsones, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
Adán y *Evans*, monólogo.
El rayo, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Sexta edición.)
El sueño de Valdivia, sainete en un acto. (Tercera edición.)
Albi-Melén, obra de Pascuas, en dos actos, divididos en cuatro cuadros. Música del maestro Calleja.
El último pecado, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición).
John y Thum, disparate cómico-lírico-bailable, en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)
Los rifeños, entremés en prosa.
El voto de Santiago, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Versalles madrileño, sainete en un acto.
El teniente alcalde de Zalamea, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
De rodillas y a tus pies, entremés. (Segunda edición.)
La casona, comedia dramática en dos actos.
Los pergaminos, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
Garabito, chascarrillo en prosa.
La barba de Carrillo, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La fórmula 3 K 3, disparate en un acto. (Segunda edición,)
Las famosas asturianas, comedia en tres actos, de Lope de Vega. Refundición.
La venganza de Don Mendo, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Séptima edición.)
La verdad de la mentira, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
Un drama de Calderón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
Trianerías, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives. (Cuarta edición.)
Los planes de Milagritos, apunte de sainete.

Las verónicas, juguete cómico-lírico en tres actos. Música de Amadeo Vives.
La Tiziana, entremés, con música de Manuel Font.
El mal rato, paso de comedia.
Faustina, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
La razón de la locura, comedia gran guiñolesca, en tres actos. (Tercera edición.)
Los amigos del alma, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición,)
El colmillo de Buda, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
El condado de Mairena, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)
La mujer, paso de comedia.
Pepe Conde o el mentir de las estrellas, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)
La plancha de la Marquesa, juguete cómico en un acto y en prosa. (Tercera edición.)
Martingalas, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
El clima de Pamplona, juguete cómico en tres actos (Segunda edición.)
Sanjuán y Sampedro, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steger.
Los misterios de Laguardia, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La cartera del muerto, comedia dramática en tres actos. (Segunda edición.)
San Pérez, juguete cómico en tres actos.
El Parque de Sevilla, zarzuela en dos actos. (Segunda edición.)
El castillo de los Ultrajes, juguete cómico en tres actos, adaptado del francés. (Segunda edición.)
La hora del reparto, sainete, con música del maestro Guerrero. (Segunda edición.)
El fresco del fuego, entremés.
El ardid, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
Los planes del abuelo, comedia en tres actos. (Segunda edición.)
El pecado de Agustín, comedia dramática en tres actos.
Dentro de un siglo, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
La farsa, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
El número 15, sainete en tres actos. Música del Maestro Guerrero. (Segunda edición.)
Tirios y Troyanos, juguete cómico en tres actos.

El sinvergüenza en Palacio, zarzuela en tres actos. Música de los maestros Vives y Luna.
La señorita Angeles, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
De lo vivo a lo pintado, juguete cómico en dos actos.
El conflicto de Mercedes, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
¡¡Plancha!!, entremés.
Regina, comedia en tres actos y un prólogo.
El Goya, juguete cómico en dos actos
Los frescos, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
La pluma verde, comedia en tres actos. (Tercera edición.)
El Vaticinio o S. S. S.
El Rey nuevo, zarzuela en tres actos. Música del maestro Jacinto Guerrero.
¡Ay, que se me cae...!, monólogo.
Las hijas del rey Lear, comedia en tres actos, original.
Las cosas de Gómez, juguete cómico en un acto.
El filón, comedia en tres actos, original. (Tercera edición.)
Las alas rotas, comedia en tres actos, original. (Tercera edición.)
La muerte del Dragón, cuento en tres actos, el segundo dividido en dos cuadros, en prosa y verso, con los ripios absolutamente indispensables.
La mujer de nieve, zarzuela bufa en tres actos. Música de los maestros Rosillo y Moreno Torroba.
Castigo de Dios, comedia en tres actos. Música de Angel Barrios.
Los chatos, comedia en tres actos.
Bartolo tiene una flauta, sainete en tres actos.
Los sabios, comedia en tres actos.
La buena suerte, comedia en tres actos.
La raya negra, cuento en tres actos y seis cuadros.
El llanto, comedia en tres actos.
La bondad, comedia en tres actos.
La tela, juguete cómico en tres actos.
El secreto de Lucrecia.

Cuentos y cosas, colección de cuentos, entremeses y monólogos.

PRECIO: 4 PESETAS